

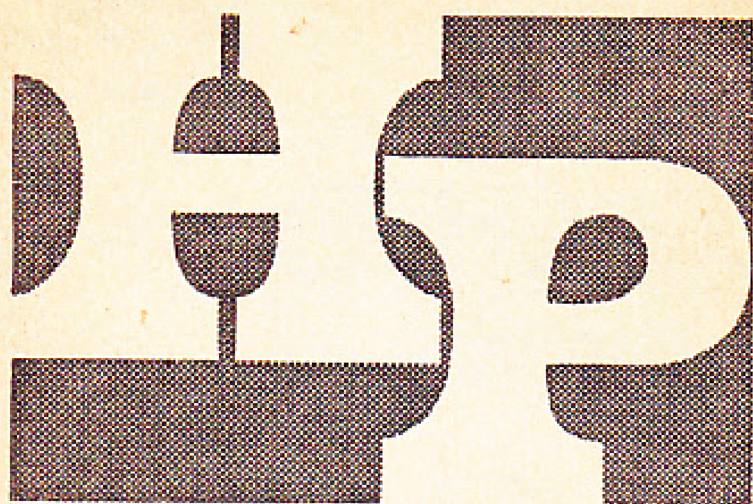
Silver Kane

La asesina del vestido rojo

PRADERA 467

Silver Kane

LA ASESINA DEL VESTIDO ROJO





Héroes de la PRADERA

SILVER KANE
LA ASESINA DEL VESTIDO ROJO

Colección
HEROES DELA PRADERA n.° 467 Publicación semanal
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.319. —El *sheriff* y las viejecitas.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.457. —Moroco Murder.

En Colección SALVAJE TEXAS:

736. —Infierno: capital, Dodge City.

En Colección KANSAS:

665. —Un buitre llamado Cox.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.014. —Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección ASES DEL OESTE:

502. —Ni más ni menos que un hombre.

En Colección COLORADO:

637.— Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751. —Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

868. —Cuatro puertas rojas.

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

465. —El reloj del muerto.

En Colección BISONTE SERIE AZUL.

76. —Mariposas negras.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

15. —Un «Colt», una mujer y un diablo.

En Colección LA HUELLA:

80. —Manchas de sangre en los ojos.

En Colección BRAVO OETE:

935. —Una rubia y dos problemas.

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B. 34.572 - 1978
Impreso en España - Printed in Spain
2.ª edición: diciembre 1978

impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A, Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

¡ATRAS, SUCIOS ASESINOS!

Los dos hombres llevaban excelentes chalecos de piel de gamo, usaban camisas finas y botas de flexible cuero rojo, sobre las que caían los bordes de sus pantalones tejanos. Sus revólveres eran último modelo. Tenían aspecto de pistoleros prósperos, cosa que no era de extraviar. Porque en el Oeste central, en la época inmediatamente posterior a la guerra civil, una de las cosas que daban más prosperidad era un revólver bien manejado.

Los dos se paseaban perezosamente por la calle principal de Omaha.

Parecían no tener prisa por ir a ninguna parte.

Habían estado en el *saloon* bebiendo unas copas y charlando con las chicas. Pero estaban tan serenos como cuando entraron. Nada de borrachera. Eso fue lo que hizo más incomprensible su «hazaña».

Uno de ellos dio un codazo al otro.

—Mira.

Le señalaba el porche de su izquierda, donde había un par de almacenes modestos. La gente que compraba allí era la más pobre de la ciudad. Vaqueros de pocos recursos, modestos rancheros de las cercanías...

—¿Te has fijado?

—Sí, ya lo he visto.

Lo que los dos hombres acababan de ver era muy poco importante, al menos en apariencia. Un indio muy joven, casi un muchacho, acababa de salir del almacén. Llevaba unos paquetes en las manos.

Iba vestido corno los hombres blancos, aunque con ropas muy modestas. Un pañuelo rojo cruzaba su frente, delatando la raza a que pertenecía, cosa que era innecesaria a causa de sus facciones, que eran marcadamente indias, y además de notable belleza.

—Va por la calle del hotel Rosales.

—Lo acorralaremos cerca de la cuadra pública. Tú vete por un lado; yo, por otro.

Y los dos hombres se separaron.

Tres minutos después se habían vuelto a encontrar, viniendo uno por la derecha y otro por la izquierda. Y en medio de ambos, en la calle solitaria, quedaba el joven indio.

El parecía haberlos reconocido.

Les sonrió.

—Hola, señor Holmes. Buenos días, señor Clinton.

Los otros, parpadearon.

—¿De qué nos conoces?

—Hace poco, cuando ustedes llegaron en la diligencia, les transporté los equipajes hasta el hotel. Eso sucedió justamente ayer. ¿Ya no se acuerdan?

—Ah, de modo que eras tú, cochino indio…

—Ayer no me llamaron cochino indio.

—Porque estabas haciendo el único trabajo que debes hacer —murmuró Holmes—: cargar bultos como una bestia. Pero ahora hacías algo que te está prohibido: comprar en un almacén para blancos.

El joven parpadeó.

—No le entiendo, señor.

—¿Acaso no te has enterado de lo que dice la ley? Vosotros tenéis una reserva con vuestros propios comercios y todo. No podéis comprar nada en las ciudades. Está prohibido.

—Ya lo sé. Claro que lo sé… Pero a mí me permiten vivir en Omaha. Tengo licencia del *sheriff*. Y de vez en cuando compro cosas en el almacén, cuando no hay clientes y no molesto a nadie. Pero sólo lo que necesito…

Clinton lanzó una carcajada.

—Yo te diré lo que necesitas, muchacho.

—¿Qué, señor?

—Una onza de plomo.

El indio parpadeó.

Parecía no entenderlo. Llevaba varios meses en Omaha y nadie se había metido con él. Ni él con nadie, claro. ¿Qué pretendían aquellos dos? ¿Estaban bromeando?

Pero pronto se convenció de que no.

En los ojos de los pistoleros brillaba una especie de mirada negra.

Clinton fue el que barbotó:
—Hay que hacer un escarmiento.
Y Holmes:
—Si no tomáramos medidas, esto se llenaría muy pronto de piojosos como tú. Entonces, ¿de qué servirían las reservas?
El indio se estremeció.
—Pero comprendan que yo… yo… El *sheriff* me permite que…
No tuvo tiempo de decir más.
Los dos hombres movieron sus revólveres.
Dispararon a mansalva.
El joven indio se llevó las manos al pecho, asombrado, sin comprender aún, mientras por entre sus dedos corrían dos espesos hilos de sangre.
Sin exhalar un gemido, cayó de bruces.
Los dos asesinos guardaron sus revólveres con indiferencia y se volvieron a un tiempo.
Para encontrarse con alguien.
Con una mujer. Con los ojos llameantes de una mujer. Con las curvas de una mujer. Y… con el revólver de una mujer que apuntaba directamente a sus cabezas.
Clinton murmuró:
—¡Cuerno…!
Y Holmes:
—No está mal, ¿eh?
Por lo visto, tomaban muy a broma la amenaza del revólver. Aunque les estuviera apuntando, aquella mujer no sería tan rápida como ellos. Ni tampoco se atrevería a disparar.
Algunas personas habían asomado por puertas y ventanas al oír los dos disparos.
La escena tenía testigos.
Holmes susurró:
—Bueno, ¿puede saberse qué te pasa, guapa?
—¡Atrás, sucios asesinos!
—¿Sucios asesinos? ¿Por qué? ¿Porque hemos matado a un indio sarnoso que se mezclaba con los blancos?
—No hemos hecho más que cumplir la ley.
—Y tú, si tuvieras más conocimiento, nos darías las gracias.
—O un besito, nena.

—Voy a daros otra cosa muy distinta. Voy a daros una ración de plomo —barbotó ella.

Los dos granujas parpadearon.

¿Se dieron cuenta de que la mujer no era ningún juguete? ¿Pensaron que estaba dispuesta a llevar a la práctica sus palabras?

Nadie pudo saberlo en aquel momento.

Lo cierto fue que cambiaron de actitud

Clinton dijo, conciliadoramente:

—Tal vez se nos haya ido la mano, señora.

—En realidad, el indio se puso insolente con nosotros.

—¿Insolente? ¡Iba desarmado! —dijo la mujer.

—Nunca se sabe —opuso Holmes—, También parecen desarmados los indios que merodean por nuestros ranchos, y que de vez en cuando hasta piden limosna. Pero de pronto desentierran sus rifles y hacen una matanza. ¿No ha leído usted los periódicos llegados hace poco a Omaha? ¿No sabe que estamos en la peor de las guerras con esa gentuza?

La mujer pareció vacilar un momento.

Diríase que sus convicciones ya no eran tan firmes y que no se atrevía a defenderlas con el revólver.

—Reconozco que las tribus atacan —susurró—. Y que la situación es peor que nunca.

—¡Por eso no soportamos según qué desfachateces! ¡Por eso hemos desplumado a este buitre!

—De acuerdo, aunque seguís siendo unos sucios asesinos. Me entran unas ganas terribles de volaros las cabezas, a ver qué clase de hediondez hay dentro. Pero puede que entonces me acusaran de asesinato a mí,

—De eso no hay duda —dijo Holmes.

—Sería acusada de asesinato, puesto que no nos ha dado ninguna oportunidad para defendernos.

Ella volvió a vacilar.

Se notaba por su rostro que debía estar pasando por una terrible crisis interior.

Al fin, bisbiseó:

—Nada puedo hacer ya para salvar la vida de *ese* pobre indio. Pero al menos quiero que sea enterrado dignamente.

—Aquí no hay cementerios para indios —dijo, agresivamente,

Holmes—, Me parece que desvaría, señora.

—Ya sé que no hay cementerios para indios. Pero el cadáver de ese muchacho será encerrado en el mejor ataúd, uno de esos ataúdes con soldadura que se fabrican especialmente, y transportado hasta su tribu. Vosotros pagaréis el ataúd. Pagaréis los gastos de transporte. Lo pagaréis todo.

Los dos hombres miraron a la mujer como si no acabaran de creería.

Se notaba que estaban a punto de estallar.

Uno de los testigos de la escena, que se había ido acercando poco a poco, murmuró:

—Eso sube una montaña de dólares, amigos. La muerte de ese indio os va a salir más cara que la muerte de tres blancos.

La mujer rechinó los dientes.

—No pueden elegir —barbotó—. O eso, o una bala,

Holmes y Clinton aún vacilaban.

Al fin, Holmes pareció decirse que su extraña enemiga no bromeaba, y que era muy capaz de disparar. Pareció decirse también que bien se pueden arriesgar unos dólares para no tener que arriesgar la vida.

Balbució:

—Está bien, lo pagaremos, Pero déjenos en paz.

—No queremos volver a verla —barbotó Clinton—.Ni siquiera oír hablar de usted.

Ella rió.

Tenía una risa brusca y áspera.

Se notaba que era una mujer acostumbrada a disparar, una mujer capaz de tratar sin miedo con cualquiera.

—No creáis que todo va a quedar en palabras —dijo—. Vais a venir a la funeraria conmigo. Vais a transportar el cadáver vosotros mismos. Y vais a pagar delante de mis ojos todo lo que haya que pagar.

Los dos hombres rechinaron los dientes también, mientras dirigían en torno suyo una mirada confusa.

Parecían avergonzados.

La gente empezaba a dirigirles pullas.

—Habéis sido muy valientes con un indio desarmado.

—Pero os da miedo una simple mujer…

—¡Hala, a cargar con el muerto!

—¡Que todo el mundo vea lo valientes que sois!

Lo mismo Holmes que Clinton soportaron todas esas palabras en silencio, tragando veneno. Ninguno de los dos protestó. Siempre con el revólver de la mujer ante los ojos, cargaron con el muerto y lo llevaron a la funeraria, que estaba cerca. Les seguía una verdadera procesión de gente.

Una vez en el establecimiento, el dueño se enteró de lo que querían. El dueño era un tipo que hacía negocio con los vivos —porque tenía un *saloon* —, con los moribundos —porque tenía un hospital —y con los muertos

—porque tenía la funeraria—.Hubiera sido capaz de vender a su madre por medio dólar. Los ojos le brillaron al enterarse de la magnífica oportunidad que tenía en perspectiva.

Hizo números.

—Todo esto, transporte incluido, les costará ciento diez dólares, amigos.

Los dos asesinos palidecieron.

Pero seguían teniendo el revólver clavado en las costillas. de modo que se rascaron los bolsillos,

—Está bien —dijo Holmes—, encárguese usted de todo. Meta a esa basura en el ataúd y haga diez soldaduras para que no pueda volver a salir. No queremos ver más a esa carroña. Y mucho menos queremos olería.

—No se preocupen, amigos. Ustedes paguen y a otra cosa.

Los dos asesinos pagaron.

La mujer guardó el revólver.

La gente aún seguía burlándose de ellos.

—¿Así conquistáis a las mujeres?

—¿Eso es todo lo que sabéis hacer?

—¡En el ataúd os tendrían que meter a vosotros!

Lo mismo Holmes que Clinton salieron precipitadamente. En cambio el cadáver del indio fue introducido cuidadosamente en un cuartito trasero, donde el dueño de la funeraria se ocupaba de sus siniestras manipulaciones.

Los dos se alejaron a caballo, sin mirar atrás, mientras la mujer les miraba despectivamente.

Y en apariencia el crimen quedó olvidado. Aquella noche se

habló de él en lodos los locales de Omaha, pero al día siguiente ya era considerado como cosa pasada. Otros crímenes atraían la atención de los pobladores de la violenta ciudad. Allí ocurrían tantas cosas, llegaban tantos forasteros que nadie tenía tiempo de aburrirse.

Por eso la llegada de aquel forastero,, dos días después, no llamó la atención de nadie. Era un forastero que buscaba a una viuda.

Seguramente una viuda suculenta...

Capítulo II

MUJERES... ¡DEMASIADAS MUJERES!

Un viaje a través de casi todos los Estados Unidos era, en aquellos momentos, algo que sólo un verdadero hombre podía emprender. No se trataba solamente de las enormes distancias y de los cambios de clima, sino de atravesar territorios donde aún pululaban las tribus indias en pie de guerra o donde los forajidos habían establecido sus feudos. Hacer la travesía en caravana resultaba peligroso, pero efectuada en solitario era una auténtica temeridad.

Stuart, sin embargo, hizo el viaje. Estaba acostumbrado a actuar siempre solo y no quiso cambiar de hábitos. No buscó la compañía ni la ayuda de nadie, aunque tuvo encuentros con gentes de todas clases.

Mes y medio después de haber salido de Carson City ponía los pies en Omaha, tras haber cambiado dos veces de caballo y de haber tenido que matar a dos hombres en desafíos celebrados sobre el polvo de ciudades de las que no recordaba ni el nombre,

Omaha era una ciudad aparentemente tranquila, pero los ojos de un observador atento se daban cuenta en seguida de que era también una ciudad rica, lo que podía mover ambiciones y luchas. Por otra parte llegaban a ella muchos forasteros, no todos los cuales serian gente deseable.

Aquel día, Stuart, cubierto de polvo y de sudor, fue en Omaha un forastero más.

Llegó al hotel y pidió una habitación y una bañera llena de agua.

Le dijeron que podían proporcionarle ambas cosas.

También encargó le trajeran ropas nuevas de su medida y llevaran a la cuadra a su reventado caballo. Por eso, una hora después de su llegada a la ciudad, Stuart parecía otro hombre.

Tenía los huesos más endurecidos después de haber dormido cuarenta y cinco noches en el suelo, y su pie! estaba más tostada por el sol, pero eso era todo.

En cuanto a los demás detalles, nadie diría que acababa de realizar un largo viaje.

A! descender de nuevo a la planta baja del hotel preguntó al dueño del establecimiento;

—¿Conoce usted a todo el mundo en Omaha?

—Uf, no... Llegan muchos forasteros diariamente.

—Yo busco a una mujer llamada Nadine.

El dueño del hotel puso unos momentos los ojos en blanco, como haciendo memoria, pero la recordó en seguida.

—Nadine. , Sí, ya sé quién es. La viuda.

—¿Dónde está su casa?

—Es el número veintiocho de Main Street. No tiene pérdida, la verá unas yardas más abajo.

—¿Sabe de qué ha vivido hasta ahora?

—No sé, pero me parece que su marido le dejó algún dinero. De todos modos lo cierto es que se la ve muy poco por la calle.

—Ya comprendo... Bueno, eso es todo lo que quería saber. Muchas gracias.

Stuart salió, llevándose dos dedos al ala del sombrero nuevo y salió del hotel.

Efectivamente unos edificios más abajo de la calle principal estaba el veintiocho. Era una casa algo más vieja que las otras y adornada sin lujos, pero estaba limpia. Stuart deduje que la viuda de su hermano debía ser una mujer más bien pobre, aunque ordenada, y que sin duda llevaría una vida tranquila.

Mientras pensaba en eso, la puerta de la casa se abrió y una auténtica vampiresa atravesó el umbral, saliendo a la calle y atravesando como una verdadera sirena sobre el suelo de tablas.

Stuart se quedó boquiabierto.

En la tumultuosa Carson City, las mujeres eran más bien algo rudas y envejecían pronto, aparte de que no ponían demasiado empeño en arreglarse bien. Una chica tan fina como aquélla, Stuart no la había visto al menos en tres años.

Y ahora estaba allí... ¡Era algo así como su cuñadita!

Tartamudeó:

—Oiga miss...

Ella se volvió a medias para decir con indiferencia:

—En el *saloon* puede verme actuar esta noche amigo, si suelta calderilla. Pero antes no pierda el tiempo.

—Es que...

—Ahueque el ala. Yo no hablo por la calle con tipos que tienen la cara de ser tan pelados como usted.

Y se alejó contoneándose y moviendo las caderas como una odalisca. Stuart se quedó tan paralizado que de momento no «upo ni qué hacer. No supo ni siquiera respirar, de tal modo que al cabo de unos instantes se dio cuenta de que se estaba ahogando.

Lanzó un bufido.

—¡Oiga, yo soy su cuñado!

Ella, a pesar de que ya se hallaba a cierta distancia, volvió lentamente la cabeza y le miró con ojos furibundos,

—Mire, amigo, usted no puede ser mi cuñado porque no tengo ni he tenido nunca marido. Mi madre me enseñó que todos los hombres son unos gorrones y yo sigo creyéndolo, de modo que..., ¡largo de aquí y menos cuento!

Y la sirena se alejó definitivamente. Stuart se quedó con una boca que parecía la entrada de una mina.

Pero al fin comprendió que tenía que haberse equivocado

Decidió entrar en la casa.

Acababa de atravesar el umbral cuando vio de espaldas a una mujer que estaba fregando el suelo. la mujer llevaba una larga falda y parecía afanarse mucho en su cometido, lo que indicaba que era una gran trabajadora,

Stuart se dijo que sin duda aquélla tenía que ser su cufiada.

—Uf, menos mal que te encuentro —dijo—. Eres tal como había imaginado. No te pareces a ésa vampiresa que...

La mujer dejó la bayeta, se volvió hacia él y apoyó un pie en el suelo para estar mejor, subiéndose la falda hasta más arriba de las rodillas.

—¿Qué dices, chato?

Stuart se quedó patitieso otra vez. Si vampiresa era la que acababa de salir, ésta no quedaba muy atrás. Tenía el pelo rubio peinado hacia arriba, los ojos azules y los labios intensamente rojos y muy pintados, las mejillas muy sonrosadas y las piernas de campeonato. Que era otra bailarina como la que acababa de salir, de eso no cabía la menor duda. Stuart empezó a creer que estaba viendo visiones.

Fue ella la que habló otra vez:

—¿A quién buscas?

—¿Tú,.., no eres mi cuñada?

—Mira, nene, podías haber empleado otro truco. Si quieres conversación conmigo, ¿por qué no vienes a verme al *saloon* esta noche.

Stuart tragó saliva.

—Yo creí que...

—Porque me veas así no debes pensar que soy una fregona. Este trabajo nos lo repartimos, y nos toca un día a cada una.

—Pero supongo que aquí vive una tal Nadine...

—¡Oh, claro que sí! Pasa adentro.

Stuart estaba más perplejo cada vez y ya empezaba a no saber en qué sitio se había metido, pero siguió las indicaciones de la muchacha.

Atravesó una puerta, penetrando en una especie de sala muy grande, y allí vio que otra chica muy joven, con la pierna alzada como si quisiera dar un puntapié al techo, se estaba tensando una media.

Ahora sí que Stuart tuvo que tragar saliva otra vez, pero tan de golpe que se produjo como un chirrido en su garganta.

La muchacha se volvió.

—¿Quién eres?

—¿Yo? Pues... ¿Y tú? Porque supongo que tú sí que eres mi cuñadita.

La chica terminó de tensarse la media con toda tranquilidad, y luego dejó caer la falda.

—A otro perro con ese hueso, amigo. Podrías venir al *saloon* a gastarte el dinero, si es que quieres hablar conmigo.

—¡Ya estoy harto de oír que tengo que ir al *saloon!* —gritó Stuart —. ¿Puedes decirme de una vez qué clase de sitio es éste?

—Desde luego que no es la iglesia parroquial —dijo la chica.

—Eso ya lo veo, pero ojalá nos entendamos de una condenada vez. Yo busco a Nadine...

—¡Ah, Nadine! Haberlo dicho antes...

—¡Pero si lo estoy diciendo desde que puse los pies en esta ciudad, y todo el mundo me envía al *saloon!*

—No hagas caso. Es que las otras chicas te habrán tomado por un fresco. Mira, no tienes más que atravesar esta puerta y encontrarás a Nadine.

Stuart hizo lo que se le indicaba; atravesó la habitación sin mirar para nada a la chica, que había empezado a tensarse la otra media, y abrió la puerta que había al fondo.

De pronto algo le detuvo: disparos.

Una violenta salva de disparos de revólver.

* * *

Stuart echó mano inmediatamente a su «Colt», se hizo a un lado y abrió la puerta de un puntapié, mientras con un movimiento fulgurante encañonaba toda la habitación que tenía ante los ojos.

En aquel momento sonó una carcajada a su espalda mientras delante suyo el aire era atronado otra vez por nuevas detonaciones.

Stuart se detuvo, cada vez más atónito, pues después de lo que le estaba sucediendo ya no sabía realmente lo que pensar.

Delante suyo tenía una habitación grande, cuadrada, con paredes de piedra, en una de las cuales estaba apoyada la silueta de un hombre recortada en madera. Esa silueta tenía dibujado un corazón, y en este corazón se dibujaban cinco impactos.

Frente a la silueta se hallaba una mujer vestida con ceñidos pantalones vaqueros, botas con espuelas, una blusa blanca y un cinto con un revólver. Su cabellera morena estaba recogida en un apretado moño sobre la nuca. Aunque ella aparecía de espaldas y Stuart sólo pudo dirigirle una mirada superficial, se dio cuenta de que las curvas de la mujer eran de lo más detonante.

Con miedo de equivocarse otra vez guardó el revólver.

La muchacha de las medias, a su espalda, lanzó una carcajada.

—Ja, ja... ¡Lo menos ha creído que estaban matando a alguien!

—Cualquiera lo hubiese pensado, ¿no?

La mujer que estaba dentro de la habitación y que acababa de hacer aquellos disparos se volvió lentamente. Su rostro estaba de acuerdo con sus curvas. Era una mujer realmente tentadora, aunque ya no se tratase de ninguna jovencita.

—¿Quién es usted? —preguntó a Stuart—. ¿Por qué viene a molestarme durante mis ejercicios de tiro?

—Vaya... De modo que era un entrenamiento...

—¿No lo ve?

—Una cosa poco adecuada para una mujer.

—Yo hago lo que me parece que tengo que hacer. Y ahora repito la pregunta: ¿quién es usted?

El lanzó un suspiro de cansancio.

—A ver si acabamos de una vez… Me llamo Stuart.

—¿Stuart? ¿El hermano de Hugo?

—¡Menos mal! Tú debes ser Nadine, supongo.

—La misma.

La mujer del revólver se acercó y le tendió la mano. Debía tener unos treinta años, aproximadamente la misma edad de Hugo, que cuando murió era un poco mayor que él. No cabía duda de que estaba en lo mejor de la edad, puesto que era una mujer que había sabido cuidarse. Su cuerpo era escultural, su rostro muy hermoso, aunque de facciones un tanto duras.

Stuart pensó que las facciones duras son propias de una mujer que ha tenido que luchar mucho y valerse por sí misma. Eso era lo que había sucedido a Nadine.

Estrechó con fuerza la mano que se le tendía y dijo:

—Celebro haberte encontrado al fin. No sabes lo que me ha costado.

—¿Por qué?

—En esta casa no había más que chicas que me decían que tenía que ir al *saloon* a buscarlas.

Nadine lanzó una carcajada.

—Ahora lo comprendo. Habrás encontrado a todas mis actuales pensionistas.

—¿Las pensionistas?

—Sí, como la casa es grande, he tenido que admitir a unas cuantas chicas que duermen aquí y me ayudan a soportar los gastos. Son personas excelentes, no creas. Casi todas trabajan en un *saloon* que hay muy cerca de aquí.

Stuart musitó:

—¿Y yo no puedo quedarme? Sería una ganga…

Capítulo III
HE VENIDO A PERDER

El hombre que estaba sentado tras la mesa no tenía aparentemente ningún cargo oficial. Era un comisionista que recorría los ranchos cercanos y presentaba muestras de las mercancías que fabricaban los grandes industriales del Este. Aceptaba pedidos, los cursaba, luego éstos eran servidos y el cobraba su comisión.

Aparentemente, no tenía más actividades que éstas.

Sin embargo, Stuart le conocía bien, *y* por eso, antes de hablar, esperó a que el otro hubiese cerrado la puerta.

—Hola, Cornell.

Cornell, el «comisionista» se acarició el mentón, escupió al aire, hizo diana en la escupidera y luego miró al recién venido.

—Tú eres Stuart.

—Exacto.

—Se te conoce a la legua. No hay en toda la nómina del Gobierno un federal que tenga cara de más mala uva que tú.

—Eso lo dices porque me tienes simpatía.

—No lo creas. El día que te ahorquen alquilaré una silla de primera fila. ¿Qué haces en Omaha?

Stuart puso también las botas sobre la mesa al igual que el hombre que hablaba con él. Luego encendió un delgado cigarro y expulsó una bocanada de humo.

—He venido a ver a mi cuñada.

—No sabía que tuviera parientes. No sabía siquiera que tuviese un hermano.

—Pues lo tenía y murió.

—¿Casado?

—Sí, ya te he dicho que he venido a ver a mi cuñada.

—¿Quién es?

—Se llama Nadine. Tiene aquí una pensión. Yo llegué ayer.

Cornell lanzó un silbido.

—Diablos, Nadine...

—¿Ocurre algo con ella?

—Nada..., excepto que es una de las mujeres más bonitas de la

ciudad.

—Apenas he hablado con ella. Hace poco que he llegado. Ayer, como te he dicho. Pero me parece que su pensión es un tanto extraña.

Cornell lanzó otro silbido. Diríase que le gustaba hablar de Nadine. Por lo pronto el muy granuja ponía a cada momento los ojos en blanco.

—Sí. Tiene allí hospedadas a casi todas las chicas del *saloon*. Pero Nadine es honrada, puedes creerme.

—He visto que practica con el revólver.

—No tiene nada de extraño. A una viuda joven y bonita como ella la molesta mucha gente.

—Sí, reconozco que es encantadora. Pero, a pesar de lo poco que la he tratado, me parece que es una de esas mujeres que te llevan de sorpresa en sorpresa, y el ambiente en que se mueve también es muy poco usual incluso en una ciudad tan turbulenta como Omaha.

—¿Es que has venido sólo por verla?

—En parte sí, puesto que no la conocía. Mi hermano era mayor que yo y nos tratábamos poco. Al comunicarme su boda hace un par de años, no me dijo nada acerca de cómo era su prometida. Corrían los malos tiempos de la guerra, y la verdad es que nadie se preocupaba gran cosa de nadie. Luego todo se normalizó, el país volvió a funcionar y yo quise hacer una visita a mi hermano, pero éste murió en accidente al desbocársele su caballo. En realidad no tuve ocasión de verle ni siquiera muerto. Cuando me comunicaron su trágico fin, yo me encontraba en Washington, de modo que calculé que tardaría al menos diez días en llegar empleando los medios más rápidos. Por esto desistí.

—¿Y ahora te ha dado por conocer a tu cuñada?

Stuart sonrió.

Su sonrisa era simpática, amplia y agradable, a pesar de So que Cornell había dicho de la cara de mala uva.

—En parte tenía curiosidad. En parte me indicaron en Washington que ella podía darme una información que me hacía falta.

—De modo que has venido a Omaha a trabajar...

—Eso es.

—¿A trabajar en qué?

—Busco a un hombre.

Cornell hizo un gesto de indiferencia. Todo el mundo buscaba hombres después de la terrible conflagración civil. Unos buscaban a hombres desaparecidos para comunicarles que eran herederos de fabulosas fortunas. Otros para comunicarles que sus esposas se habían fugado con un corneta del ejército enemigo. Otros buscaban hombres para clavarles una onza de plomo.

Ese debía ser el caso de Stuart.

Siempre que Stuart buscaba a un hombre era para enviarle a visitar la fosa.

—Pero eso es casi una rutina —dijo—. Supongo que buscas a alguien a quien quieres liquidar por tu propia mano o enviar a la horca. ¿De quién se trata? ¿Puedo ayudarte yo?

—Tú, maldito zorro, a pesar de que finges ser un simple comisionista, eres el enlace de todos los agentes federales de esta comarca.

—Menos mal que sois contados los que lo sabéis. Y menos mal que me enviáis poco trabajo.

—Ahora tienes que decirme si has visto por aquí al hombre a quien busco.

—¿Cómo se llama?

—Kenton.

Cornell, que tenía la cabeza echada hacia atrás, en actitud de indiferencia, la alzó de pronto.

Sus ojos dieron un salto en las órbitas.

—¿Kenton?

—Si, eso he dicho.

—Diablos, no te atreverás a enfrentarte tú solito a él...

—¿Por qué no?

—Ha matado a tres hombres.

—Supongo que debían estar de espaldas.

—No, no... —Cornell hizo un gesto suave—. Kenton no es de los que matan por la espalda. Tiene suficientes agallas para enfrentarse a cualquiera frente a frente y para enviarle al otro barrio.

—¿Pero está aquí?

—Nadie lo sabe exactamente. Se le vio en Omaha tres veces, y las tres veces hubo bronca gorda. No sé si él la buscó. El caso fue que se produjeron tres desafíos y quedaron tres hombres mordiendo

el polvo. Ninguno de ellos era Kenton. Por eso digo que, si te enfrentas a él, encargues antes para ti un ataúd a la medida.

—Tomaré mis precauciones. ¿Pero tú serías capaz de localizar a ese hombre?

—Podría intentarlo, aunque no estoy seguro de nada. Se esconde nadie sabe dónde, y como te dije, sólo ha estado tres veces en Omaha. De todos modos haré lo imposible para darte una pista. ¿De qué se le acusa?

—Mató a un *sheriff* en la ciudad de Akron.

—¿Por qué?

—Eso no importa. No hay disculpas para matar a un *sheriff* que está en el ejercicio de sus funciones. Se encargó del castigo el Gobierno federal, debido a que se sospechaba que Kenton llevaba drogas para los indios cuando el representante de la ley intentó detenerle. Yo he de apresarlo y transportarlo a Washington, donde será juzgado.

—¿Nada más? Bonita papeleta te han encargado...

—Procuraré resolverla, Cornell. No olvides que jamás he dejado un trabajo por terminar.

—¿Y qué tiene que ver tu cuñadita con todo eso?

—Ella, al tener una casa de huéspedes, conoce a muchas de las personas que han pasado por Omaha y se suponía fundamentalmente que podría orientarme. Lo que el Gobierno y yo ignorábamos era que la casa de huéspedes de Nadine sólo admitía a clientela femenina.

—¿Por lo tanto esperas que te oriente yo?

—En ti confío.

—¿Esa es la única misión que te ha traído aquí?

Stuart denegó suavemente con la cabeza.

—No. Tengo dos misiones más.

—¿Cuáles?

—Una, detener a un tipo llamado Jim Randall por robo.

—¿Qué robó? ¿Qué clase de robo ha de ser para constituir un delito federal?

—Se llevó cierta vez un reloj del propio presidente de los Estados Unidos.

Cornell lanzó una carcajada.

No pudo contenerse, y estuvo casi dos minutos riéndose,

mientras movía su ya voluminosa tripa. Luego se dio cuenta de que aquello era muy poco respetuoso y quiso ponerse serio, pero la boca se le quedó torcida.

—Ese Jim Randall debe ser un tío imponente —dijo de todos modos—. ¿Y qué más te ha traído por aquí?

—Tengo que matar a una persona —dijo Stuart —, aunque ése es asunto particular mío. Una persona que sé que está en Omaha o en sus cercanías, y a la que pienso acorralar en la llanura.

—¿Una persona? —preguntó Cornell con curiosidad—. ¿Quién?

Y Stuart dijo con suavidad:

—Una mujer.

CAPÍTULO IV
LA MUJER DEL VESTIDO ROJO

Sí, se llamaba Stuart y tenía que matar a una mujer.

Durante más de un año, durante doce interminables meses, la había estado siguiendo desde los algodonales de Alabama, a las llanuras del Mississippi, a los lagos de Luisiana y a los caminos polvorientos de Texas, donde abundan los *gun-men.* Ahora la tenía enfrente.

Estaba frente a él con su diabólico vestido rojo, empuñando un revólver y con un hombre a cada lado.

Dos pistoleros a sueldo dispuestos a defenderla.

Hacía un calor horrible.

Stuart sabía que allí era necesario matar o morir.

Esto sucedía cerca de Omaha, apenas llegado Stuart a la ciudad, un día de agosto de 1866.

* * *

Todo empezó a ocurrir meses antes, en agosto de 1865. Stuart era el pobre, el bala perdida, el abandonado de una familia pudiente. Explorador infatigable en el Oeste, había recibido un día la invitación de su amigo John para que asistiera a su boda. Y se había dirigido a Tuscalosa, en Alabama, donde estaba la vieja casa de la familia de su mejor amigo.

Pero allí no había encontrado a nadie.

Bueno, a nadie, no.

Había encontrado a su amigo John, que estaba agonizando a causa de dos balazos en la espalda,

John aún había podido hablar. John aún había podido decirle cosas importantes antes de que sus ojos se cerraran para siempre.

—Ha sido ella... Estrella Kurzon... Tenía que casarse conmigo... Cuando estábamos solos me ha disparado... dos tiros por la espalda.

—¿Pero por qué? ¡En nombre del cielo! ¿Por qué?

—No... lo sé.

Stuart recordaba que había tenido un gesto, de angustia y que se había pasado la lengua por los labios secos.

—John... Tu habías tenido suerte en los negocios. Eres el dueño

de la más importante flotilla del río Alabama. Tus barcos transportaban algodón desde Montgomery hasta el golfo de México y los países del Sur. ¿Es que lo ha hecho para robarte? ¿Qué diablos pretendía?

—Se ha llevado veinte mil dólares…

—Entonces ya tienes el motivo...

—No es eso.

—Te juro que no te entiendo, John. Te engaña, te clava dos balas en la espalda, se lleva veinte mil dólares ¿y aún piensas que no lo ha hecho para robarte?

—Podía haberse llevado... mucho más.

—Quizá no ha tenido ocasión.

—Seguro, John... Seguro que podía haber hecho lo que quisiera. En la vida de esa mujer hay algo más Pero nunca me había engañado de una manera tan miserable. Decía que me quería... Y ha disparado a sangre fría... Júrame que... me... vengarás.

Los ojos de John se cerraban. Stuart comprendió que no podía perder mucho tiempo.

—¿Cómo se llama?

—Lo he dicho... antes. Estrella Kurzon.

—¿Cómo es? Recuerda que no la he visto nunca.

—Es muy... bonita... Morena, con los ojos negros y tipo de mujer ardiente, mexicana... Está mal que diga esto... cuando voy a morir... Pero me volvía loco. Tú seguirás bien la pista porque por allí donde pasa todos los hombres se fijan en ella... Casi siempre lleva un vestido rojo... y la acompañan dos pistoleros,

Todos estos datos habían quedado grabados en la mente de Stuart.

Los ojos negros, el tipo de mujer ardiente, el vestido rojo... Y los dos pistoleros que la acompañaban para protegerla.

Después de estas palabras tuvo que cerrar los ojos de su compañero para siempre.

John había muerto,

Fuera zumbaban las moscas y hacía un espantoso calor.

Como ahora, como un año más tarde...

* * *

La búsqueda había empezado por las costas de Nuevo México,

donde abundaban los jugadores profesionales y las mujeres bonitas. Stuart pensaba que una mujer que acababa de robar veinte mil dólares debe tener interés en tomar cuanto antes uno de los paquebotes que llevan a Nueva Orleáns o a Tampa, en Florida, donde es fácil desaparecer.

Pero la mujer del vestido rojo no había tomado ningún buque.

Stuart había perdido su pista hasta que el dueño del hotel de un puerto aseguró haberles dado alojamiento por una noche.

—Eran una mujer y dos hombres. Ellos con pinta de pistoleros profesionales, porque llevaban las fundas bajas y vestían de una manera que ya no se estila por aquí. Parecían conductores de manadas de los que hay en el Oeste. Pero ella..., ¡diablos!, ¡ella era una señora! Llevaba un vestido rojo bastante deteriorado y salió a comprarse otro. Parecía sentir debilidad por ese color. Era morena con los ojos negros. Tipo de mexicana ardiente...

Matar, matar... Esa era la idea que bullía en el cerebro de Stuart. Matar a la mujer del vestido rojo, a la asesina de su mejor amigo.

El hotelero le dijo que habían tomado una diligencia hacia el Oeste y él siguió la pista a través del Mississippi, Perdió esa pista varias veces y la volvió a encontrar, porque todos aquellos territorios eran un caos después de la guerra. Durante meses y meses creyó tener a aquella mujer al alcance de la mano y se le escapó. Una vez incluso llegó a verla.

Ella estaba en una habitación de hotel, desvistiéndose frente a la ventana, y él la contemplaba desde el tejado de una casa frontera. Pudo haberla matado, pero le repugnó la idea de exterminar a alguien así sin dar la cara. Vio la ropa interior de la mujer y liego a obsesionarse, se dijo que era la más bonita, la más diabólicamente hermosa que había visto en su vida. En aquel momento un borracho disparó desde la calle contra él. Se organizó un tiroteo y Stuart fue arrestado. Cuando pudo volver al mismo hotel, la mujer ya había desaparecido.

Pero ahora la gran cabalgada ya había terminado.

Ahora estaban los tres cerca de Omaha, Nebraska, donde se mata y se muere.

* * *

Stuart masculló:

—¿Te llamas Estrella Kurzon?

—Sí.

La voz de la mujer era ligeramente suave, burlona, y hablaba con un ligero acento del Sur.

Acarició la funda de su revólver.

—¿Ibas a casarte en Alabama con un hombre llamado John Barton?

—Sí.

La mujer contestaba firmemente, sin vacilar, clavándole hasta el fondo de la piel la mirada de sus ojos negros.

—Estás reconociendo tu delito —dijo Stuart sin dejar de acariciar su revólver—. Nunca hubiera supuesto tantas facilidades.

—Siempre digo la verdad.

—¿Siempre? ¿Dijiste la verdad a John cuando le aseguraste que le amabas antes de descargarle un revólver en la espalda?

—Ha sido la única mentira de mi vida.

—Pues para ser la única ha sido bastante buena. ¿Puedo saber al menos por qué lo mataste?

—No.

La negativa de la mujer sorprendió a Stuart.

—¿Has confesado tu crimen y ahora no quieres decir esto? Te advierto que el resultado va a ser el mismo. Lo pregunto por simple curiosidad.

—No, no voy a decirlo. Y en cambio voy a hacerte a ti una pregunta. ¿Quién diablos eres?

—El mejor amigo de John. También soy un federal, pero eso no importa ahora.

—John tenía pinta de caballero, y en cambio tú tienes pinta de granuja.

—Es que soy un granuja.

—¿No te has dedicado a los negocios como él?

—Mi único negocio ha sido el ser explorador durante la guerra y federal después de ella. Un plato de fríjoles y una taza de café al día, forraje para el caballo, una pinta de ron antes de cada marcha y cincuenta dólares al mes para invitar a alguna chica. Ya ves que con eso no he podido ahorrar mucho. Si fueras otra te dejaría que escupieses sobre mí, pero tú no vas a hacerlo.

—¿Por qué no?

—Te he perseguido durante doce meses para matarte.

Temblaron un instante, tan sólo un instante, los labios de la mujer.

—¿No has visto que estoy defendida?

—Esos dos canallas ya estaban contigo, por lo visto cuando mataste a John. ¿Y qué?

—Seguramente ellos te matarán a ti.

—¿Por qué no lo probamos?

Fue en aquel instante, al saber que iban a hablar los revólveres, cuando los tres hombres miraron recelosamente en torno suyo. Estaban solos en la llanura de Omaha, y sabían que nadie vendría a interrumpir el desafío. Al fondo, a unas dos millas, se distinguían los tejados polvorientos de la ciudad, y por el Norte, a unas cuatro millas, llegaba una manada de la que sólo se veía la inmensa nube de polvo. Nadie más. Ni un jinete, ni nadie que pudiera interrumpirles. El desafío iba a ser, por decirlo así, cómodo. E iba a ser a muerte.

Los dos hombres que acompañaban a Estrella Kurzon arquearon lentamente los brazos.

Stuart también.

Durante unos segundos interminables, bajo el sol de agosto, los tres contuvieron la respiración. No se oía nada, ni el compás de sus corazones. El pavoneado de los revólveres brillaba quedamente. Estrella musitó:

—Yo daré la señal.

—Conforme.

Aguardó todavía diez segundos, pensando que Stuart se pondría nervioso y gritó:

—¡Ahora!

Tres revólveres brillaron a la luz. Stuart apretó los labios, encogiéndose como los indios le habían enseñado a hacer en Arizona bajo las flechas del enemigo, y disparó dos veces recargando con frenéticos movimientos de su mano izquierda. El hombre que había levantado antes el revólver hizo un extraño movimiento al quedar atravesada su mandíbula, y cayó hacia atrás llevándose el revólver a la boca, como si fuera a tragárselo. En realidad fue un movimiento instintivo de su mano derecha para llegar hasta la herida. Pero Stuart no tuvo tiempo de contemplarle.

El otro disparó casi a la vez, y la bala le arrancó el sombrero.

La bala de Stuart ya estaba en camino.

Alcanzó al enemigo" en el pecho, muy cerca del corazón, y le hizo doblarse lentamente. Cayó de rodillas, fue a disparar otra vez ante la mirada impasible de Stuart, y de pronto cayó de bruces sobre el polvo, lanzando su último suspiro.

Stuart bajó el revólver lentamente.

Sus ojos se encontraron con los de la mujer.

Y se dio cuenta de que la mujer del vestido rojo tenía una mirada negra. De que era como una espada que atravesase. De que su seno bajo la tela del vestido, palpitaba como una llama.

Estrella jadeó:

—Está bien, ya has conseguido lo que querías. Ya me tienes sola en una llanura, donde nadie podrá ayudarme, y teniendo tú un revólver en la mano. No has perdido el tiempo durante los doce meses, después de todo. Dispara.

—No voy a hacerlo como tú piensas. Tus hombres han tenido que soltar el revólver, y uno de ellos sólo ha disparado una bala. Por tanto, puedes elegir cualquiera de las dos armas, en la seguridad de que encontrarás plomo. Agáchate y toma el que quieras.

—¿Para qué?

—Para defender tu vida. ¿Acaso no sabes manejarlo?

—No.

—En cambio fuiste muy hábil para matar a John.

—Lo baleé por la espalda. Aquello fue muy sencillo. En cambio ahora no conseguiría poner el revólver en línea de tiro antes de que tú me acribillases.

—Voy a darte ventajas. Tú puedes ser una víbora, pero no un pistolero profesional como yo. Mantendré el revólver en la funda y sólo lo sacaré cuando tengas el tuyo en la mano.

—No, Stuart.

A él le produjo una extraña y profunda emoción el que Estrella Kurzon recordase su nombre.

—¿Quieres morir como una perra?

—No quiero que me mates aquí, Stuart.

El ladeó la cabeza, desconcertado.

—¿Cómo...?

—No quiero que me pisoteen las manadas o que me devoren por la noche las alimañas de la llanura. Yo no soy más que una cobarde,

Stuart, y la muerte me da horror. Quizá tú no has visto nunca un cadáver descompuesto. Yo vi uno. El de mi hermano.

Stuart apretó los labios.

—Lo que sea de nuestros cuerpos no es cosa nuestra. Y además lo mismo ocurrirá te mate donde te mate.

—Hazlo en Omaha.

—¿A qué viene esta petición tan absurda? ¿Pretendes engañarme como engañaste a John?

Ella mostró sus manos vacías.

—¿Cómo voy a engañarte? ¿Qué armas tengo para hacerlo?

—Pretendes ganar tiempo.

—¿Para qué?

—En Omaha puedes tener algún amigo o encontrarlo. Vamos, no soy idiota del todo, muchacha. Estamos perdiendo el tiempo, que tú necesitas para otra cosa. Reza.

—Hazme un favor, Stuart. Ya te he dicho que tengo horror a la muerte.

El volvió a pasarse la lengua por los labios, dándose cuenta de que los tenía espantosamente secos. Se dio cuenta también de que la mirada de los ojos negros penetraba hasta lo más hondo de sí mismo. John había sido un hombre listo y, sin embargo, ahora yacía con dos balas en la espalda, pudriéndose en una tumba de la calurosa Alabama. Seguramente Estrella le miró con aquellos mismos ojos, dulces y apasionados antes de matarlo.

Pero, pese a saber todo eso, no apretó el gatillo aún.

Dijo:

—¿Qué clase de favor vas a pedirme?

—Que me mates sin que yo me dé cuenta. Que me mates mientras yo esté dormida.

—Eso es una estupidez.

—¿Crees que todo el mundo es capaz de mirar la muerte cara a cara, Stuart?

—Las víboras, no.

Ella respiraba angustiosamente. Se veía con claridad que tenía miedo.

—¿Qué te estoy diciendo? —susurró—. Me has perseguido durante un año, y ahora ya me tienes. No puedo escapar. Cuando esta noche me atravieses la cabeza en una habitación del hotel,

podrás hacerlo, al menos, sin arrepentirte.

—¿Atravesarte la cabeza… en una habitación de hotel?

—Tomamos la misma y nos inscribimos como el señor y la señora Stuart.

El federal notó que se le nublaba la mirada por un instante. Conocía de sobra cuál era la treta de la mujer, esa treta vieja como el mundo de atrapar al hombre como un perrito, despertando los instintos dormidos. Se daba cuenta de todo, y sin embargo, no podía evitarlo. Recordó aquella vez ya muy lejana, en que a través de una ventana había visto a una mujer desvistiéndose, a aquella misma mujer.

No, no podía ser.

Si la escuchaba ahora, si la miraba otra vez, caería en sus redes.

Fue a apretar el gatillo.

Ella cayó de rodillas.

Y entonces Stuart se dio cuenta de que le temblaba la mano, de que por primera vez en su vida era incapaz de disparar.

CAPÍTULO V

LAS PELIGROSAS

Los dos entraron lentamente a caballo por la calle principal de Omaha. El sol ya estaba declinando y soplaba un viento fresco. La gente iba despacio. Sonaban las primeras músicas en los *saloons,* y los cristales de las casas, así corno sus maderas, iban adquiriendo una tonalidad dorada.

Stuart iba normalmente montado en la silla. Ella, en cambio, iba de costado. Su vestido rojo le hubiera impedido montar de otra manera. Pero mostraba hasta las rodillas unas piernas perfectas, esculturales, tentadoras, que obligaban a los hombres a frenar el paso para verlas mejor, y a veces hasta a pararse descaradamente.

Cuando llegaban hacia el centro de la calle principal, situó su caballo justamente al lado del de Stuart.

Con voz suave preguntó:

—¿Adónde me llevas?

—Al mejor hotel que encuentre.

—No quieres matarme en un sitio cualquiera, ¿verdad...?

—En efecto, no quiero llevarte a un sitio cualquiera. Trato de que mueras como una señora.

—De acuerdo; tú mismo eliges.

Stuart miró hacia el fondo de la calle, donde había un hotel que llamaba la atención por sus instalaciones realmente lujosas. No era el mismo en el que él se hospedaba. Se trataba de otro todavía mejor.

Pero, al bajar la mirada, sus ojos tropezaron con los de otra mujer.

Ella tendría unos treinta años.

Sus facciones eran algo duras y su mirada resultaba helada.

Pero aun con eso..., ¡qué señora!

Stuart detuvo su caballo y parpadeó.

—Hola. Nadine.

Nadine, que no iba vestida con ropas masculinas, sino que llevaba un vestido de mujer—¡y qué vestido! —muy ceñido a sus curvas, contempló a Estrella Kurzon con una expresión extraña,

donde se mezclaban a la vez la admiración y el menosprecio.

—Vaya... —dijo—. Veo que has encontrado compañía.

—No es lo que tú piensas.

—Pues lo siento por ti. La chica vale la pena. Y si no la besas será porque no quieres. No creo que a ella, con esa..., con esa facha... le importe demasiado que la besen los hombres.

Stuart apretó los labios,

—Cállate, Nadine. No tienes derecho a decir eso. Repito que no es lo que tú piensas.

—¿Derechos? ¿Quién habla aquí de derechos? Yo sólo digo lo que pienso.

—Pues piensas mal.

La mujer del vestido rojo, que no se había movido del caballo, se encogió de hombros.

—Déjala —murmuró—. ¿No ves que está celosa?

Nadine se engalló

—¿Celosa yo? ¿De una bruja como tú? ¿Y por qué había de estarlo?

—Tus motivos tendrás —dijo despectivamente Estrella—. ¿Acaso ese hombre no te ha...?

Stuart le dio un codazo.

—¡Por favor! —dijo.

—¿Qué pasa?

—¡Es la viuda de mi hermano...!

Estrella arqueó una ceja.

—Caramba... Yo no..., no lo imaginaba.

—Creo que deberías pedirle perdón.

—Lo haré. Cuando hago una cosa mal, sé reconocerlo.

—Como, por ejemplo, has reconocido que mataste a mi amigo John, ¿verdad? —preguntó Stuart, con un soplo de voz.

—Sí, como he reconocido que maté a tu amigo John —susurró ella.

Y luego dijo, en voz más alta:

—Le pido disculpas, señora. No sé por qué se me ha ocurrido decir esa tontería de los celos.

Nadine sonrió.

De pronto su cara parecía haber cambiado.

—Quedas disculpada —dijo, tratando a Estrella Kurzon con toda

familiaridad—. ¿Adónde ibais?

—A un hotel.

—¿Los dos juntos?

—Sí.

—Caramba, caramba...

—Repito que no es lo que tú piensas —murmuró Stuart, quien de todos modos se daba cuenta de que la situación resultaba la mar de vidriosa.

Nadine volvió a sonreír.

—¿Y por qué no os alojáis en mi casa? —preguntó— Siempre tengo habitaciones disponibles. Allí os encontraréis bien.

—¿Con tantas mujeres? —susurró Stuart.

—¿Ya ti qué te importan las demás? Ya tienes una.

Y les hizo una seña para que la siguieran.

Los dos desmontaron, llevando los caballos de la brida hasta la cuadra pública, donde los animales pudieran ser atendidos.

La casa de Nadine estaba muy cerca.

En el vestíbulo, un par de chicas se pintaban. Otra se metía un vestido por la cabeza.

Estrella Kurzon musitó:

—¿Qué es esto?

Stuart tragó saliva.

—Pues... una especie de pensión de artistas.

—Debes estar muy divertido aquí.

—No vivo en este lugar.

Nadine había traído una bandeja con copas.

—Os serviré unas bebidas. Quiero que me disculpes, muchacha. Comprendo que no he estado muy fina contigo. ¿Cómo le llamas?

—Estrella Kurzon

—No tengas en cuenta lo que he dicho antes, Estrella.

—Lo he olvidado ya.

Y Estrella lo había olvidado, eso era verdad. Pero nadie le quitaba en cambio de la cabeza otro pensamiento, el pensamiento de que aquella mujer estaba celosa, de que le gustaba Stuart y le reventaba verlo en compañía de otra.

Aceptó la copa que la otra le servía. Y bebieron los tres, mientras que las chicas entraban y salían moviéndose con la misma naturalidad que si allí no hubiera un hombre.

En aquel momento llamaron a la puerta.

Una de las chicas fue a abrir.

El dueño de la funeraria apareció en el marco de la puerta. Dirigió una ojeada desdeñosa a la chica, como si le tomara medidas para el viaje a la eternidad, y luego miró al fondo de la sala.

—Ahí, ahí está —dijo al ver a Nadine.

Nadine se sorprendió.

—¿Usted aquí? ¿Qué hace en mi casa el dueño de la funeraria?

—He venido a decirle que su encargo ya fue cumplimentado, señora. Yo cobro caro, pero cumplo bien.

—¿Qué encargo?

—El del indio asesinado cuyo cadáver había de ser transportado a su tribu. El que usted obligó a pagar a aquellos dos desalmados. He venido a comunicarle que el ataúd ya llegó, que los miembros de la tribu se ocuparon de él con los honores consiguientes.

Stuart arqueó una ceja.

—Nadine —murmuró —, ¿a qué se refiere este hombre...?

El dueño de la funeraria le contempló con cierto asombro.

—¿No lo sabe usted?

—Confieso que no.

—Entonces es que debió ocurrir antes de que usted llegara. Porque durante un día o dos no se habló de otra cosa en la ciudad. Esa mujer, Nadine, se enfrento „ revólver en mano a dos forajidos que habían asesinado a un indio por el «delito» de comprar en un almacén para blancos. Pudo haberlos matado, pero al final no lo hizo. En cambio los avergonzó y les obligó a que pagaran, no sólo el ataúd, sino también el viaje de éste hasta la tribu de origen del indio.

Stuart contempló con admiración a la mujer.

—¿Fuiste capaz de eso?

— ¿Y por qué no? —preguntó Nadine.

—Confieso que no lo sabía.

—Pero en cambio has visto que me entreno cada día con el revólver. ¿Para qué crees que lo hago? ¿Para asustar a los pájaros?

—Eres una mujer extraña, Nadine.

—Soy una mujer que sabe qué terreno pisa.

Y despidió al de la funeraria con un gesto displicente. El fulano se largó entre las pullas de las artistas.

—¡A mí no me tomas tú medidas, ladrón!

—¡Antes de que me pongas la mano encima, te aplasto las narices!

—¡Lo que es a mí no me vas a rozar un pelo ni después de muerta.

—¡Cuando me sienta mal, me voy a diñarla a Chicago, bien lejos de aquí!

Cuando el fulano se hubo largado, Nadine terminó de beber el contenido de su vaso.

Stuart la contempló con una mezcla de asombro y de admiración.

—No creí que fueras así, Nadine —murmuró—. Hacen falta muchas agallas para enfrentarse a dos pistoleros.

—No le des tanta importancia. ¿Quieres que os enseñe *vuestra* habitación?

—Estrella Kurzon y yo no vamos a descansar juntos, Nadine.

—Si lo haces por no asustarme, no te preocupes. Yo estoy acostumbrada a todo. ¿Qué clase de vida crees que llevan esas chicas?

—Lo nuestro es distinto, Nadine. Dame a mi una habitación y a Estrella dale otra.

Nadine se encogió de hombros.

—De acuerdo, como quieras. Acompañadme.

Mostró a Estrella una habitación, y a Stuart otra.

La casa era tan grande que había sitio para todos. Stuart le dio las gracias y se tendió en la cama, con las manos cruzadas bajo la nuca.

Hubiera querido no pensar.

Pero pensaba.

Hubiera querido olvidarlo todo a partir del instante en que vio muerto a su amigo John.

Pero no podía.

Ante sus ojos aparecía continuamente, como una obsesión diabólica, el vestido rojo de Estrella Kurzon.

Aquella mujer era como una dulce pesadilla para él.

Pero no sólo se trataba de eso.

También le gustaba Nadine.

¡Demonios! ¡Claro que le gustaba!

Era vergonzoso.

Nadine había estado casada con su hermano. Era una mujer a la que ni siquiera debió mirar.

Y él lo intentaba.

Intentaba pensar en ella como pensaría en una piedra, en una estatua o en un maniquí.

Pero no podía.

Continuamente las dos mujeres acudían a sus pensamientos, ocupaban su mente, le obsesionaban.

.«¿Qué clase de tipo soy? —se preguntó Stuart—. ¿Es que no puedo dejar de pensar en ellas?»

En aquel momento la puerta se abrió.

En silencio.

Y en el umbral se recortó la figura de Estrella Kurzon.

Ya no llevaba su vestido rojo.

La mujer cerró la puerta a su espalda y se apoyó en ella, respirando agitadamente.

Ahora llevaba una bata.

—No te preocupes —bisbiseó—.Nadie me ha visto.

—¿Por qué has venido? Acabamos de meternos en nuestras habitaciones y...

—¿Quién dice que acabamos de meternos en nuestras habitaciones? ¿No sabes la hora que es?

— No.

—Has debido perder la noción del tiempo, Stuart, Es medianoche.

El parpadeó.

—Tal vez sí... No me he dado cuenta de que las horas transcurrían. He estado pensando.

—¿En qué?

—Te parecerá mentira, pero pensaba en ti.

—Pues aquí me tienes...

Seguía respirando agitadamente. Seguían temblando sus labios intensamente rojos.

Stuart balbució:

—Debería matarte...

—¿Para qué crees que he venido?

—Eres una mujer incomprensible, Estrella.

—¿Por qué dices eso? Soy sólo una mujer que no miente.

Y mostró la manó derecha, que hasta entonces había tenido oculta a su espalda.

En esa mano había un «Derringer».

Un revólver de dos balas.

Sobraba para matarle.

—No quiero que te quedes con el deseo —susurró—.Te prometí que te daría todas las facilidades para mi muerte. No quería morir en la llanura, donde podían devorarme las alimañas. Pero aquí sí. Aquí no me importa.

Y le puso el revólver en los dedos.

Stuart estaba trastornado.

No sabía qué pensar.

Aquella mujer era la más extraña, la más incomprensible que había encontrado en su vida.

—Creí que te defenderías —musitó—.Creí que te negarías a morir.

—Pues no me niego. Puedes disparar tranquilamente. Puedes elegir tú mismo el lugar donde me clavarás la bala.

—¿Qué edad tienes, Estrella?

—Veinte años.

—¿Y ya no te importa morir?

—No.

—¿Por qué?

Ella hizo un mohín mientras se sentaba en el borde de la cama, jugueteando nerviosamente con los pliegues de su bata.

—Estoy asqueada de muchas cosas.

—¿Tú? ¿A tu edad?

Estrella Kurzon rio nerviosamente.

—¿Y tú qué sabes? —bisbiseó.

—¿No amabas a John?

—Sí. Lo peor es que le amaba.

—Entonces, ¿por qué disparaste contra él?

—No te lo contaré nunca, Stuart.

—¿Te das cuenta de que entonces no me dejarás más remedio que cumplir la promesa que le hice? ¿Que no me dejarás más remedio que disparar?

—¿Y para qué crees que he venido, Stuart? Vamos, acaba de una vez. Para tu tranquilidad te aseguro que no me importará. Dispara...

El levantó el revólver.

Sus facciones se habían crispado.

Veía los ojos de la mujer.

Sus labios.

Su cuello largo y terso…

Pensó en John. Trató desesperadamente de pensar tan sólo en John.

Era una asesina.

¡Tenía que exterminarla!

Pero el revólver cayó de entre sus dedos.

Seguía viendo tan sólo sus ojos.

Su boca.

Su boca…

Cuando la besó, ni siquiera se dio cuenta de que lo hacía. Seguramente no lo pensaron ninguno de los dos. Sólo supieron que sus labios se encontraban. Sólo supieron que aquello era también algo que lo hacía olvidar todo. Como la muerte…

Capítulo VI

¿A QUE ESPERAS PARA MATAR A KENTON?

A la mañana siguiente, Stuart estaba bebiendo una copa en el *saloon.* Lo hacía poco a poco, como sin tuerzas, como si se sintiera avergonzado de sí mismo.

Había muy poca gente allí.

Gente como en todos los rincones del Oeste.

Hombres que hablaban de las faenas del campo, de la cría del ganado y también de los cuatreros que habían vuelto a imponer su ley en muchos rincones del Estado.

El joven terminó su copa.

Fue a pagar.

Y en aquel momento entró un tipo con aspecto de viajante de comercio, un fulano con levita, pantalones bien cortados, bombín y dos pesadas maletas de cuero negro que debían ir repletas de los géneros que representaba.

Se acercó a la barra, poniéndose al lado de Stuart.

—Un doble de whisky —pidió al camarero.

Mientras le servían, miró a Stuart.

—Amigo —murmuró.

—¿Qué?

—¿Usted no tiene comercio en Omaha?

—No, nunca lo he tenido.

—Entonces deben haberme informado mal. Perdone.

—¿Qué le habían dicho?

—Que un caballero como usted iba a abrir una tienda.

—Pues le han informado mal, aunque... Bueno, tal vez algún día me instale en la ciudad.

—En ese caso, ¿por qué no mira mis géneros? Yo puedo suministrarle todo lo que usted necesita para una tienda.

El camarero murmuró:

—Este viajante es un pesado. Deje que le enseñe el género o no se lo quitará de encima en dos semanas.

—De acuerdo, enséñeme lo que tenga, amigo —susurró Stuart —.Vamos a aquella mesa del fondo, donde podremos hablar tranquilos.

Tomó el vaso entre los dientes, una maleta en cada mano y se instaló en la mesa más apartada del *saloon.*

Una vez allí, abrió una de las maletas ante los ojos de Stuart,

No había en ella genero.

Bueno, había un género muy especial.

Revólveres.

Más de una docena de revólveres.

—Todos están cargados —dijo el falso viajante—. En esta maleta puede decirse que hay más capacidad de fuego que en una batería artillera.

Stuart bisbiseó:

—¿Por qué me persigues, Cornell?

—¿Y por qué no había de hacerlo? No olvides que soy el enlace de todos los federales en esta zona.

—¿Pero qué quieres?

—Elige un arma.

—¿Y por qué? Ya tengo.

—Pues no lo parece. No la usas.

—¿En qué demonios había de usarla?

Cornell pronunció un solo nombre:

—Kenton.

—¿Qué pasa con él?

—Demonios, tú lo sabes mejor que yo.

—Sé que realiza con los indios el comercio más repulsivo que existe.

—Exacto. Les facilita drogas. Es criminal facilitarles alcohol, pero con las drogas ya se llega al colmo. Una vez se han empapurrado de ellas, los indios se creen invencibles. Atacan, saquean, matan… ¡Pero si al menos esas destrucciones les sirvieran a ellos de algo! No, no sirven de nada. Como atacan a ciegas, igual que si sufrieran cien borracheras a la vez, hasta un niño con un rifle puede ocasionar entre ellos una mortandad. Sufren tantas bajas que no sé si se repondrán jamás. Al final terminan imponiéndose por su número, pero las victorias que consiguen son absolutamente estériles.

Vació el resto de su vaso.

Y añadió en un susurro:

—Lo peor no es eso.

—No. Ya imagino que lo peor son los efectos de la droga a largo

plazo.

—No puedes ni imaginarlos. Muchos de esos pobres tipos se volverán locos. Otros quedarán estériles, de modo que las tribus irán extinguiéndose poco a poco por efectos naturales. Puedes creerme: yo aprecio a los indios. Soy el primero en conocer las salvajadas que se han hecho con ellos, las traiciones y las trampas en que se les ha hecho caer. Pero lo peor de todo es que los blancos les vendamos drogas. No he visto un modo más cruel e implacable de llevarlos a la muerte.

Stuart musitó:

—Busco a Kenton. Sabes que lo he buscado siempre.

—Estos últimos días no te has lucido demasiado.

—Ya te lo dije. Buscaba a una mujer.

—¿La que querías matar?

—Sí.

—¿La has encontrado?

—En efecto.

—¿Y la has matado?

Stuart se mordió el labio inferior.

No sabía qué contestar.

Al fin dijo:

—No.

—Has puesto una cara muy rara al hablar de ella.

—Mejor que cambiemos de tema, Cornell.

—Tienes razón: hablemos de Kenton.

—De acuerdo —dijo suavemente Stuart—.Kenton es un maldito hijo de zorra. Lo seguiré buscando.

—Yo te ayudaré a encontrarlo, muchacho.

—¿Tienes alguna pista?

—Sí, una. Kenton va a cobrar el importe de una venta mañana por la noche.

—¿Una venta de drogas?

—Naturalmente que sí.

—¿Cómo lo has sabido?

—Un indio borracho lo decía anoche con medias palabras. No olvides que yo tengo pinta de fulano inofensivo y todo el mundo se suelta la lengua delante mío. Además no se le entendía bien. Había que estar en antecedentes, como lo estoy yo. Pero, por lo que aquel

fulano dijo vi la situación muy clara. Kenton cobrará mañana.

—¿Dónde?

—Hay un lugar llamado La Cuadra Roja. ¿Lo conoces?

—Sí, creo recordarlo.

—Te refrescaré la memoria. Hasta hace dos años era una cuadra y casa de postas donde las diligencias cambiaban de caballos. Pero entonces sufrió un ataque indio, y la pelea fue feroz. La cuadra quedó en ruinas, y sólo se conservaron intactas las estacas que servían de apoyo al edificio. Pero tan manchadas de sangre que desde entonces se le ¡lama a aquello La Cuadra Roja.

—Después de lo que me has dicho, recuerdo el sitio perfectamente. Sé donde está.

—Pues ve a él mañana por la noche. No sé la hora exactamente. Pero al oscurecer estate allí.

Cerró el maletín con una obsequiosa sonrisa, mientras decía en voz alta, de modo que ahora sí que pudiesen oírle todos:

—¿De modo que no quiere comprarme nada, señor?

—Gracias, nada por ahora. Sus géneros no me interesan.

—Siento haberle molestado, señor.

—¡Oh, no se preocupe!

—Usted me merece todas las consideraciones, señor.

—Es usted muy amable.

—El amable es usted, señor.

Y Cornell dejó su sonrisa obsequiosa para rechinar los dientes y decir en voz muy baja, de modo que sólo le escuchara Stuart:

—¡Como mañana no lo mates de una vez, te pateo el hígado, idiota!

CAPÍTULO VII

UNA NOCHE DIABOLICA

Se había puesto el sol.

Stuart, que había dejado su caballo tres millas antes, avanzaba pegado a los setos y hundiéndose en las vaguadas, para no hacerse visible en .ningún momento. Estaba seguro de que nadie, ni siquiera los escuchas indios que debía haber por allí, le había visto. Así llegó al lugar llamado La Cuadra Roja.

Ya había salido la luna.

Todo estaba silencioso, tranquilo.

Diríase que aquel lugar, que dos años antes fue escenario de terribles luchas, no había sido hollado desde entonces por los pies de los hombres.

Stuart se pegó a los restos de una valla.

Aspiró en silencio.

Y estuvo largo rato sin moverse, con los párpados contraídos, tratando de escrutar el menor movimiento entre las sombras.

Todo estaba en calma.

Todo menos aquellas hojas

Stuart no las vio.

Ni captó el levísimo roce que produjeron al moverse, como si fueran arrastradas por el viento.

Pero no eran unas hojas solamente. Bajo ellas se movía un hombre. Aquella especie de gato llevaba el cuerpo casi enteramente desnudo, cubierta su piel roja por una pasta negra que ayudaba a camuflarlo. Hasta el cuchillo que empuñaba tenía también la hoja impregnada de una sustancia negra.

Stuart empezaba a pensar ya que Cornell estaba mal informado.

Claro que Cornell no le había hablado de la hora.

Era posible que tuviese que aguardar toda la noche.

A él no le importaba. Estaba dispuesto a hacerlo.

Pero por poco tiene que aguardar allí toda la eternidad.

Se enteró de que las cosas iban mal cuando oyó aquel leve crujido a su derecha. Otro hombre quizá no lo hubiera ni percibido. El no sólo lo captó, sino que instantáneamente se hizo a un lado,

cayendo al suelo y dando en él una auténtica vuelta de campana.

El indio había volado materialmente por los aires.

Cayó sobre él como un puma. Su salto estuvo perfectamente calculado. Y el cuchillo que empuñaba en su derecha se hubiera clavado casi solo…, de no mediar el salto que también acababa de dar Stuart.

Todo ocurrió en menos de tres segundos.

El cuchillo se hundió inútilmente en el suelo.

Arañó la tierra.

En aquel momento otro indio lanzó un sordo gruñido. Ese había permanecido a la expectativa y se lanzó en el momento preciso, iba armado de un hacha de guerra, con la que trató de hundir la cabeza de Stuart.

También con otro lo hubiera conseguido.

Su golpe fue certero. Pero Stuart había dado otra vuelta sobre sí mismo, enroscándose a uno de los postes. El segundo golpe del hacha dio en la madera, hundiéndose en ella.

Mientras tanto, el primer indio ya había desclavado su cuchillo del suelo.

Se lanzó al ataque, mientras Stuart arqueaba las piernas.

Las tensó de repente.

Como dos catapultas.

El golpe fue atroz.

El indio debió tener la sensación de que se le hundían las costillas, porque lanzó un grito, dio una voltereta y chocó contra uno de los postes. Allí quedó inmóvil unos momentos, al borde del K.O. Pero no estaba muerto, y Stuart lo sabía. No tardaría ni un par de minutos en lanzarse de nuevo al ataque.

Tenía que aprovechar bien el tiempo que le quedaba.

Porque el otro volvía a atacar ya.

Brillaba su hacha de guerra.

Stuart pudo haberle matado con su revólver, pero le repugnó usarlo contra un hombre que sólo le atacaba con un hacha. Claro que todo tenía su intríngulis. Los indios no querían hacer ruido para no llamar la atención de nadie. Stuart no quería hacerlo tampoco para que Kenton, si estaba cerca, no se diese a la fuga.

El joven, que aún estaba en el suelo, logró untar en la última décima de segundo. Por fortuna para él, ni los nervios ni los

músculos le traicionaron. Hizo un quiebro. La hoja del hacha se hundió en el suelo como antes se había hundido el cuchillo.

El piel roja lanzó un gruñido.

Trató de inmovilizarle con las manos.

Pero Stuart también las había movido. Le propinó dos golpes al cuello. Cuando el otro lanzaba un gruñido de sorpresa y de dolor, logró con la rodilla que se volviera. Sus dos manos unidas le golpearon salvajemente en la nuca.

El indio ya no se movió más.

Había sido un golpe de los que dejan seco a un buey.

Mientras tanto, el otro atacó.

Ya no le importaba hacer ruido.

Al contrario, quería avisar a Kenton.

A su espalda llevaba ceñido un revólver. Disparó dos veces con él, y esta vez sólo las sombras salvaron a Stuart.

Las balas se hundieron en otro de los postes.

La luna acababa de ser cubierta por densos nubarrones. Durante unos segundos no se vieron ninguno de los dos.

Hasta que sus ojos se acostumbraron.

Stuart lo vio unos segundos antes. El indio intentaba colocarse a su derecha para batirle. Distinguió de pronto a Stuart y alzó el arma.

Los dos dispararon casi a la vez.

Stuart, unas décimas de segundo antes.

Cuando el piel roja apretó el gatillo, ya llevaba una bala clavada en la frente. Su pulso tembló. El proyectil que iba destinado a la cabeza de Stuart, pasó levemente alto.

El joven miró en torno suyo, con el revólver preparado y el dedo a punto de disparar.

Pero no se veía a nadie.

Silencio y muerte.

Para eso parecía haber sido construida La Cuadra Roja.

Se arrastró entonces sigilosamente hacia los cadáveres, registrándolos. Si ellos eran los que tenían que pagar a Kenton el precio de las drogas, muy posiblemente llevaban el dinero encima. Claro que, como iban desnudos, no comprendió al principio dónde podían haberlo escondido.

Hasta que vio las bolsitas que cada uno llevaba colgadas de su cintura. Abrió una de ellas y vació el contenido en la palma de la

mano. Eran brillantes. Brillantes de gran valor. Alguno de ellos, por su pureza, podía exhibirse en las mejores joyerías del mundo.

El joven sintió que nacían en sus sienes unas gotitas de sudor.

Brillantes...

De modo que las tierras de los indios eran ricas. .

Los que vendían las drogas debían saberlo. Kenton estaba enterado. Y los envenenaba poco a poco para quitarles sus riquezas, para dejarles desnudos como a aquellos dos pobres muertos.

Stuart lamentó ahora haberlos matado.

Pero no había tenido otro remedio.

Se dio cuenta de la importancia que tenía lo que acababa de descubrir.

Si él se iba de la lengua, aunque fuera un solo minuto, las tierras de los indios serían saqueadas, asaltadas, ocupadas, invadidas. Lo del *rush* del oro en California y todos los sucesos que siguieron al fatídico año de 1848 quedarían pequeñitas al lado de lo que podía suceder en las tierras indias si la gente llegaba a saber que allí se ocultaba una de las fortunas más codiciadas del mundo.

Brillantes...

No importaba que hubiera pocos.

Quizá en toda la tierra de los indios sólo había un puñado de ellos.

Pero la gente buscaría más. Llegarían miles de aventureros. Sobre regiones pacíficas se abatirían la destrucción y la muerte.

Stuart pensaba con rapidez.

Ni a sus propios jefes de Washington podía decir aquello.

Porque también en el Gobierno federal había ambiciosos. Muchos más de los que parecía. Y si llegaba a saberse lo de los brillantes, igualmente se desencadenaría la catástrofe.

Guardaría el secreto.

Lo guardaría hasta la muerte.

Pero Stuart no sabía que la muerte estaba cerca de él.

Muy cerca.

Pensando en aquello, y mientras mantenía los brillantes en la mano, había descuidado la vigilancia.

Oyó de pronto aquellos pasos.

Pasos a su espalda.

Trató de volverse, mientras llevaba bruscamente la derecha al

revólver.

Pero ya no pudo.

El cañón de un Colt se apoyó silenciosamente en su nuca.

* * *

La voz chirriante dijo:

—Más valdrá que no te muevas, Stuart.

Los dedos de Stuart temblaron un momento.

Aquella voz...

¡La voz de Kenton!

Era inconfundible en cualquier sitio. Una voz especial que parecía surgir del fondo de un tubo metálico. Se decía que Kenton había recibido un balazo en la garganta años atrás, y que sólo pudo recuperar la voz a causa de una intervención quirúrgica. Una intervención en la que se le tuvo que aplicar una pieza de metal en el cuello. ¿Explicaba eso su extraña voz? Al menos, la gente lo decía.

Las palabras volvieron a surgir otra vez, chirriantes y ásperas:

—Veo que has matado a mis amigos.

—Tus víctimas, querrás decir.

—Dales el nombre que quieras. Eso no me importa. Pero yo había hecho un magnífico negocio con ellos y pensaba cobrarlo.

—Ya lo veo, Kenton.

Y sopesó un momentito las bolsas llenas de brillantes.

La presión del cañón se hizo más intensa.

—Yo pienso cobrar de todos modos, Stuart —dijo la voz.

—Kenton, eres el tipo más miserable que me he echado a la cara jamás.

—No te me has echado a la caía. Nada de eso, amigo. Estoy completamente a tú espalda.

—Lo mismo da. Tu aliento de cerdo llega hasta mí, se expande por el aire y llena todo el Oeste. Hay mercachifles que corrompen a los indios vendiéndoles licor. Pero ellos son algo así como predicadores o como hermanas de la Caridad al lado de lo que tú haces, Kenton. Tú enloqueces a tribus enteras y las envías a la muerte. Haces que liquiden a los hombres blancos, tus propios hermanos. Te quedas las únicas riquezas de los indios, que son los brillantes. Con ellos podrían conseguir una vida mejor. Tú haces que sólo consigan la muerte...

A espaldas de Stuart sonó una risa áspera.
También era una risa extraña, que parecía surgir del fondo de un tubo de meta!.
Kenton murmuró al fin:
—¿Qué tratas de hacer? ¿Convertirme? ¿Tienes vocación de predicador, muchacho?
—¿Y para qué? Sería inútil. Tú no eres más que una sucia hiena.
Kenton volvió a reír, pero sin apartar ni un milímetro el cañón de la nuca de Stuart.
—Entonces, ya que tan desagradable te resulto, voy a librarte de mi presencia, amigo.
Stuart se dio cuenta de lo que eso significaba.
El otro iba a disparar.
Pero Kenton quiso hacerlo con todas las garantías.
Mascullό:
—Saca el revólver con dos dedos. Y envíalo lejos.
Stuart obedeció.
No podía hacer nada. Hubiera resultado estúpido intentar una maniobra ahora.
—Ahora dame las bolsas con los brillantes.
Stuart obedeció también.
Por su izquierda apareció una mano enguantada que se apoderó inmediatamente de las bolsas. Luego se escuchó un leve roce, indicando que eran guardados en unos bolsillos.
Stuart tragó saliva.
Bueno, aquello era el fin.
El otro dispararía.
Kenton bisbiseó:
—Lo siento, amigo. Hubieras sido un digno rival, pero no puedo dejar obstáculos en mi camino.
—Sólo quiero pedirte una cosa, Kenton.
—¿Tu última voluntad?
—Algo así. Deja que te vea bien la cara. Nunca te he tenido cerca de verdad. Nunca he podido verla.
La risa chirriante volvió a sonar.
—¿Por qué tanto interés, muchacho?
—Quiero al menos ver la facha del hombre que me mata.
—Lo siento, pero yo no accedo a los caprichos idiotas. Lo mismo

da que yo tenga una cara que otra. Y ahora..., adiós.

Stuart supo que era el fin.

Y no quiso morir sin luchar. No quiso que el otro le matara como a un cordero.

Se lanzó de costado, girando la cabeza en centésimas de segundo, para esquivar desesperadamente la bala.

El disparo llegó.

Pero Kenton fue sorprendido por la rapidez del movimiento del otro, un movimiento que, la verdad, ya no esperaba. La bala se llevó cabellos de la nuca de Stuart y le produjo una dolorosa quemadura. Pero, curiosamente, ahí estuvo su suerte.

No hubiera podido esquivar la segunda bala.

Con sus solas fuerzas no hubiera podido moverse más.

Pero el dolor de la quemadura fue tal y la reacción que produjo en sus nervios tan violenta, que iodo su cuerpo saltó a un costado. Fue como cuando le pinchan a uno en un nervio. El sallo que da sin darse cuenta, nunca lo hubiera dado normalmente. El caso fue que Stuart se encontró volando sin saber cómo. Cayó de costado mientras dos nuevas balas iban a su encuentro.

Las dos le rozaron tan sólo.

La verdaderamente peligrosa había sido la primera. El dolor de la quemadura seguía siendo muy intenso, pero Stuart se dio cuenta de que no tenía importancia. Ahora lo esencial era desaparecer de la vista de Kenton, que seguía disparando.

Por fortuna, la luna se había ocultado de nuevo.

Y aquello era un laberinto de empalizadas, ruinas, columnas de madera y restos de muebles que habían quedado esparcidos después del ataque indio.

Todo aquello le ocultó.

Las balas silbaban como insectos de plomo. Kenton agotó las seis balas y recargó el revólver.

En cambio, Stuart estaba desarmado. No tenía la menor probabilidad por el momento de recuperar su «Colt».

Pensó que tarde o temprano Kenton podría atraparle.

Pero Kenton era prudente. De noche y en aquel laberinto, un revólver significaba muy poca ventaja. Stuart podría caer por su espalda si se descuidaba.

Y al fin y al cabo, ya tenía los brillantes, que era lo que había

venido a buscar allí.

De modo que saltó hacia atrás.

Unos instantes después se oía el trote de un caballo.

Stuart corrió a buscar el suyo.

Pero lo había dejado a demasiada distancia para acercarse allí sin ser visto.

Apretó los puños con rabia mientras ahogaba una imprecación.

Pero eso ya no le servía de nada.

Lo último que vio de Kenton fue una silueta que se iba perdiendo entre las sombras...

Capítulo VIII

DESPUES DEL FRACASO

Cornell puso cara de perro cuando Stuart, ya de regreso en Omaha, le explicó que había tenido que matar a dos indios, sin poder echarle el guante a Kenton.

Y seguía teniendo cara de perro cuando masculló:

—Yo no soy tu jefe, muchacho. Sólo soy un enlace .que transmite órdenes. Pero si fuera tu jefe, te despediría.

—¡Cuerno! Sólo falta que me digas eso. Aún debes creer que fue sencillo esquivar los balazos de Kenton.

—Los jerifaltes de Washington esperan que acabes con él. Es uno de los pistoleros que más preocupación causan. Un verdadero problema. Un peligro nacional, podría decirse. El que lo hayas dejado escapar no contribuirá precisamente a que te den un ascenso.

Stuart apretó los labios.

No había hablado de los brillantes.

Le sabía mal ocultar aquel dato a Cornell.

Pero tampoco podía fiarse a ciegas de él.

Además, había detalles raros.

Cornell, por ejemplo, era el único que sabía que él iba a dirigirse a La Cuadra Roja.

Y allí le habían estado esperando. Diríase que todo estaba preparado para matarle.

Cornell musitó:

—¿En qué piensas?

—En nada..

—Recuerda sólo una cosa: en este maldito trabajo no puedes fiarte de nadie.

—Ya lo veo, ya...

—¿Por qué hablas en ese tono? Parece como si me estuvieras acusando.

—No pienses en eso, Cornell.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé... Estar un par de días más en Omaha y observar a la gente que hay a mi alrededor. Tengo la sensación de que Kenton se

mueve cerca de esta ciudad y de que espía mis pasos. Por otra parte, no le conviene alejarse. Es aquí donde establece contacto con los indios.

Cornell se rascó la mandíbula.

—En eso tienes razón, pero lo que no entiendo es una cosa —dijo.

—¿Cuál?

—¿Cómo envía las drogas?

—Pues enviándolas, sencillamente. Hay mil caminos..

—Te equivocas. No hay ninguno.

—¿Qué quieres decir?

—Él ejército controla la zona. No te diré que un indio no pueda salir y entrar llevando paquetes de drogas, pues tú mismo has visto que los sacaban sin que nadie se enterase. Pero no es tan fácil. Las drogas, sobre todo en las cantidades con que se comercia ahí, llama la atención. Te lo repito: no sé cómo demonios hace Kenton para entrarla...

Stuart quedó unos momentos pensativo.

Hasta entonces no había pensado en eso, pero comprendía que el problema de que acababa de hablar Cornell también tenía su importancia y su urgencia.

—Yo tampoco lo entiendo —musitó—, pero pensaré en lo que me has dicho.

Y salió del hotel en que acababan de hablar.

CAPÍTULO IX
UNA CHICA DE *SALOON*

Stuart entró en el *saloon.*

Quería beber unas copas y olvidar.

Quería también escuchar las conversaciones por si pescaba algo importante. Uno no podía aspirar a tener una pista de nada si no sabía lo que se decía en los salones de la localidad.

Stuart se sentó a una mesa y pidió una botella de whisky y un vaso. Mientras bebía, paseó la mirada en torno suyo.

Empezaba a conocer ya a la gente de Omaha, y allí no había nadie que le llamara la atención. Ni las chicas, a pesar de que éstas le resultaban desconocidas porque no se hospedaban en el local de Nadine.

Bebió quietamente, mientras escuchaba las conversaciones.

Nada importante.

Cosechas, ganado, cuatreros, indios… Indio, cuatreros, ganado, cosechas… El tema eterno de los hombres que vivían en el Oeste central. Eso y los pistoleros, pero de muchos pistoleros la gente prefería no mencionar ni el nombre.

Stuart casi se estaba aburriendo.

No averiguaría nada allí…

E iba a marcharse cuando todo cambió. Cuando de pronto apareció ante sus ojos aquella mujer de *saloon.*

Capítulo X
LA PISTA QUE STUART NO ESPERABA

Era una chica más bonita que las otras, pero no por eso llamaba la atención. Por lo menos no se la hubiera llamado a un hombre como Stuart. En ella había algo..., ¡otra cosa muy distinta!

La chica bajaba tranquilamente las escaleras que llevaban a los reservados del piso superior.

Maquinalmente, se arreglaba un poco el pelo.

Y comprobaba que seguía en su puesto lo que llevaba puesto en los lóbulos de las orejas.

Stuart, que tenía vista de lince, pudo distinguir aquellos pendientes a distancia. Y se dio cuenta de algo más. Estaban engarzados en una montura provisional, extremadamente simple. Pero las piedras que constituían la parte principal de los pendientes eran muy valiosas.

Demasiado...

Eran las mismas que Stuart había tenido en sus manos la noche anterior. Todos los brillantes pueden parecer iguales, pero él había intervenido en varios asuntos de joyas a lo largo de su carrera, y era un experto. Sabía que los brillantes tienen personalidad, tienen una especie de «cara». Y la de aquéllos le resultó inconfundible.

Poco a poco se puso en pie.

Parecía hipnotizado.

No había esperado aquella pista ni había esperado tener aquella suerte. Pero ahora, de pronto, se encontraba con que lo que buscó estaba al alcance de su mano

La chica tenía dos de los brillantes que Kenton se llevó la noche anterior. Por lo tanto, sólo Kenton podía habérselos dado.

El joven se acercó a ella.

—Señorita...

Ella le miró.

Le gustó el aspecto de Stuart y le gustó además que la hubiera llamado con tanto respeto.

—Es que me invitas a una copa, amigo?

—Eso pensaba hacer.

—De acuerdo, pero ten en cuenta que soy la mujer más cara del

saloon. Yo sólo bebo licores especiales, por los que el dueño cobra el doble. No quiero engañarte.

—El dinero no importa.

—Celebro que hables así. Otros hombres sufren un ataque de apendicitis cada vez que les sacas un dólar.

Y se sentó frente a él.

Hizo una seña al dueño, que trajo inmediatamente una botella de coñac francés (o que tenía la etiqueta de francés), aunque dentro debía haber vinagre.

La chica susurró

—Tú limítate a pagar. Pero más vale que no lo bebas.

Stuart sonrió.

Intentó adoptar un aspecto de joven despreocupado y a quien interesaban solamente las curvas de la chica.

—Esa es una bebida vulgar —dijo—. Me gustaría invitarte a champán.

—¿De veras?

—Sí, pero no aquí.

Ella miró pícaramente hacia arriba.

—Hay unos reservados estupendos —sugirió.

—Ya me he dado cuenta.

—Podemos subir, aunque una botella de champán te costará la friolera de treinta dólares.

—No es eso lo que más me importa.

—¿Pues entonces qué?

—Tu amigo.

Ella parpadeó.

—¿Qué amigo?

—Tú venías de arriba.

—Sí…

—Y debías estar con alguno de tus amigos. Quizá el amigo más importante que tienes.

Ella le miró, extrañada, pensando estar ante una especie de adivino.

—¿Cómo lo sabes? —musitó.

—Porque te ha regalado esos pendientes.

—Ah, los pendientes… —La chica los tocó maquinalmente—. La montura es provisional. Pero pronto me regalará otra, porque los

brillantes valen la pena, ¿no te parece?

—Yo diría que son buenos.

La chica rió mientras le miraba con picardía.

—En fin, eres guapo, pero algo tímido... ¿Por qué no puedes invitarme a champán? ¿Qué te lo impide? No te preocupes por mi amigo. Seguro que se ha marchado ya.

—Está bien. Subamos.

Subieron los dos. Stuart, pese a toda su experiencia, no podía evitar que el corazón le latiese aceleradamente.

Iba a dar con Kenton, con la pista que buscaba. Ahora lo tenía todo al alcance de su mano...

Avanzaron por el pasillo.

Había puertas a ambos lados.

Una de ellas se abrió de repente.

Y Stuart lanzó un grito de rabia y de asombro, al comprender que ya no podía evitar la tragedia...

La chica, que iba delante suyo, se estremeció.

Se estremeció dos veces.

CAPÍTULO XI
SU MAJESTAD LA MUERTE

Todo había ocurrido tan velozmente que Stuart no pudo reaccionar. Sólo comprendió lo que iba a suceder cuando vio que se abría fugazmente una de las puertas. Pero eso fue todo. Al llevar la mano al revólver, ya la muchacha se había estremecido por segunda vez.

Lo curioso era que no se había oído ningún disparo.

Nada.

Stuart saltó hacia la puerta, pensando que aún podría atrapar a su enemigo si tenía suerte.

Pero en el último segundo tuvo que hacer una cabriola en el aire. Tuvo que pegarse a la pared, resbalar por ella y quedar quieto en el suelo, mientras la flecha pasaba rozándole.

Pudo vería fugazmente.

No era una flecha de las que disparan los indios empleando sus arcos.

Era más bien un dardo de los que entonces ya estaban de moda en los *saloons* y que hoy siguen siendo el elemento fundamental de distracción en los *pubs* ingleses. Tenía una hoja muy corta y una base de plomo, por lo cual podía lanzarse con gran fuerza. Claro que aquella pequeña y afilada hoja, aunque se clavase hasta el fondo, no podía matar.

Debía estar envenenada.

Stuart disparó tres veces hacia la puerta, haciéndola temblar sobre sus goznes.

Pero ya no había nadie allí.

Saltó de cabeza.

Hasta entonces no había visto más que la mano enguantada del que lanzaba la Hecha. La misma mano enguantada que le quitó los brillantes la noche anterior.

Ahora vio un gran reservado vacío. Dos sillas, un diván, una mesa, un par de botellas vacías. . Y al fondo, una ventana cuyas cortinillas oscilaban mecidas por el viento.

El asesino se había lanzado por allí.

Era ágil el maldito. Se escabullía de los sitios comprometedores

en cuestión de segundos.

El joven se lanzó también hacia allí Vio que en la ventana comenzaba prácticamente la cubierta de un porche.

Kenton —porque tenía que ser Kenton —se había deslizado por allí. Y aunque ahora estuviese a muy poca distancia, por ejemplo, abajo, en el porche, ya no le podía ver porque le tapaba el techo.

Stuart ahogó una maldición.

Se volvió.

Dos hombres habían llegado hasta allí atraídos por los disparos. Uno de ellos era el dueño del *saloon* y el otro un pistolero al servicio de la casa. Este ya tenía el revólver en la mano, pero no disparaba. Se ¡imitaba a mirar alternativamente ora a Stuart, ora a la muchacha muerta.

Fue el pistolero el que balbució:

—Le hemos visto subir a los reservados con esa chica. ¿Qué ha ocurrido?

—Alguien acaba de matarla.

—¿Quién?

—No lo sé. Alguien que sabía que podía delatarle

El pistolero hizo con la cabeza un gesto de confusión.

—No le entiendo, amigo. Soraya no se metía con nadie. Era una chica cara, pero no tenía enemigos. Al contrario, los hombres se disputaban su compañía. No entiendo quién ha podido matarla, a menos que haya sido usted mismo.

Stuart señaló el dardo clavado en una de las paredes. El mismo que había estado a punto de matarle a él.

—¿Qué cree? —preguntó—. ¿Que lo he clavado yo mismo para despistar? Han estado a punto de liquidarme a mí también. Si me descuido, no estaría hablando ahora…

El dueño del *saloon* fue a arrancar uno de los dardos clavados en el pecho de Soraya.

—¡No lo toque!

—¿Pero qué ocurre?

—¿No se ha dado cuenta de que tienen que estar envenenados?

El hombre retiró la mano poco a poco.

—Yo apreciaba a Soraya —musitó—Era la chica a la que más quería. El hombre que haya hecho esto merece cien veces la horca.

Stuart musitó:

—Ella había estado antes aquí con un amigo.

—Si.

—¿Qué amigo?

El dueño del *saloon* se pasó una mano por la frente.

—Pues aunque le parezca mentira, no lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe?

—Verá... Debía tratarse de una persona rica de la ciudad. Una de esas personas que quieren guardar su reputación. Venía a ver a Soraya sin pasar por el *saloon.*

—¿Cómo la avisaba?

—Tampoco lo sé. Supongo que, al despedirse una vez, quedaban ya de acuerdo para la próxima.

—¿Y usted nunca llegó a verle?

—No tuve interés. Yo respeto las costumbres de las chicas que trabajan aquí. Si Soraya ganaba dinero, ¿por qué iba a estropearle el plan?

—¿Y por dónde entraba ese tipo, si no pasaba a través del *saloon*?

El dueño abrió una de las puertas.

Daba a un pequeño vestíbulo de paredes de madera, donde no había ningún mueble. Simplemente, al fondo se encontraba otra puerta. El dueño la abrió también. Daba a unas escaleras laterales del edificio que ¡legaban hasta la calle, y que verdaderamente eran muy discretas, pues estaban casi tapadas por la pared de un enorme almacén.

—Hay gente que usa estas escaleras —murmuró—.

Ya sabe lo que ocurre en ciudades ricas como Omaha. La gente, cuanto más dinero tiene, más hipócrita se vuelve.

Stuart miraba en torno suyo.

Buscaba un indicio, algo que le orientara en su angustiosa búsqueda.

Por fin, sus ojos de halcón lo encontraron. Claro que podía ser un indicio o podía no ser nada. En un clavo que sobresalía de la pared, había unos hilos de color negro. Eso indicaba que alguien se había enganchado allí. Alguien que llevaba un traje de luto.

Y algo más.

Alguien que usaba pantalones ¡argos hasta los tobillos, sin botas. Es decir, alguien que no vestía de vaquero. Porque, a la altura a que

estaba aquel clavo, hubiera rozado con sus botas caso de llevarlas puestas, y no con la tela del traje.

El dueño del *saloon* le miraba con atención.

—¿Qué pasa?

—Tal vez usted pueda ayudarme, amigo.

—¿A qué?

—Supongo que la última persona que vio a Soraya aquí arriba, se enganchó con este clavo y dejó unos hilos prendidos en él.

—Sí, ya veo. Es posible que sea verdad lo que usted dice.

—Ahora bien, ¿qué hombre viste de luto en la ciudad?

El dueño se pasó otra vez una mano por la frente.

—Hay varios. Varios viudos de cierta edad. A esa clase de tipos, la figura juvenil de Soraya les volvía locos.

—Déme algunos nombres.

—No sé si debo…

—Una chica ha sido asesinada. Usted mismo ha dicho que el culpable merece la horca. No me venga con monsergas ahora. Ayúdeme.

—La verdad es que tengo mala memoria para esas cosas, pero sé quién puede orientarle con absoluta seguridad.

—¿Quién?

—El de la funeraria. El conoce a la perfección a todos los viudos y viudas de Omaha. Han sido sus clientes.

Stuart no supo si aquel tipo esquivaba o no la cuestión. Pero, de un modo u otro, tenía razón al enviarle a ver al dueño de la funeraria. ¿Quién podía saber mejor qué gente en Omaha vestía de luto?

Dio las gracias y se fue.

Bajó por la escalera.

Observó que la funeraria estaba a poca distancia. Entró en ella y no vio a nadie.

Sólo distinguió el siniestro mostrador cubierto con un hule color negro. Sobre él había un catálogo de ataúdes, desde el más barato hasta el más lujoso, tallado en roble y con asas de oro, digno de que en él enterrasen al presidente de Estados Unidos.

Stuart llamó

—¡Eh, amigo!…

No contestó nadie.

Pensó que el dueño se habría ido al *saloon* cercano a echar un trago. No iba a estar todo el día entre ataúdes, demonio. También tenía derecho a alegrarse un poco.

—¡Eh, amigo!

Siguió el silencio.

El joven decidió entrar en la trastienda, donde se apilaban los ataúdes y donde eran «arreglados» los muertos, por si allí se encontraba el dueño, o al menos uno de sus carpinteros. Pero en el espacioso recinto que había más allá de la tienda tampoco vio a nadie.

Un cartel indicaba: «Horario, de 9 a 9. Viernes y domingos, fiesta.»

El joven se acarició la mandíbula.

De 9 a 9. Doce horas de trabajo, pero con dos días de fiesta a la semana. Claro que eso debía rezar para el carpintero, pero no para el dueño. El dueño abría todos los días. Y siempre tenía una buena provisión de ataúdes para todos los gustos.

Era viernes.

Por tanto, resultaba lógico que no se encontrara ningún carpintero allí.

Pero, ¿y el dueño?

Stuart miró los ataúdes.

Unos, muy sencillos. Otros, muy lujosos.

Pero todos abiertos menos uno. Había uno que estaba cerrado. Y los ojos de Stuart se clavaron en él.

Lo abrió de un golpe.

Y el cadáver del dueño de la funeraria resbaló suavemente hasta caer a sus pies hecho un ovillo.

Con las facciones demacradas.

Con los labios exangües.

Y con un dardo clavado hasta el fondo en el pecho. Un dardo de los que Stuart conocía bien, de los que habían servido para exterminar a la hermosa Soraya.

Capítulo XII

UN ROSTRO EN EL PASADO

Stuart contuvo la respiración.

No había esperado aquello. Por unos momentos quedó tan petrificado que fue incapaz de reaccionar.

Lo único que pudo decir fue:

—Infiernos...

No cabía duda de que aquel tipo y Soraya acababan de ser muertos por la misma mano.

¿Pero para qué?

La respuesta también estaba a punto: En cuanto a Soraya, para que no diese el nombre del amigo que le había entregado los brillantes, estableciendo así una pista que podía llevar hasta Kenton. Y en cuanto al dueño de la funeraria, porque debía saber algo importante. O porque tal vez era el «amigo» de la muchacha.

Todos aquellos pensamientos formaban una vorágine en el cerebro de Stuart.

No sabía qué camino tomar.

Y en aquel momento oyó una exclamación de asombro a su espalda.

Se volvió.

Detrás suyo estaba una mujer que se había llevado las manos a la boca, mientras sus ojos desorbitados contemplaban la escena.

Balbució:

—No puede ser...

Stuart se acercó a Nadine. Porque era Nadine la que acababa de entrar. Hubo de zarandearla para hacerla volver en sí, ya que la hermosa mujer parecía anonadada.

—Imposible... —repitió.

—A mí también me lo parecía hace unos momentos, pero es algo espantosamente real.

—¿Quién... lo ha hecho?

—No lo sé. Pero seguramente, Kenton o alguien que está al servicio de él.

—¿Kenton?...

—Creí que lo conocías.

—No es que lo conozca. Lo he oído nombrar. Si te refieres al pistolero, claro.

—Sí. Me refiero a él.

—Decían que últimamente había estado en Omaha —susurró Nadine—. ¿Pero por qué piensas que ha podido ser él? A este hombre lo han matado con un dardo, mientras que Kenton emplea otras armas. El es un maestro con el revólver.

—Sí, ya sé que ha desafiado por lo menos a tres hombres y a los tres los ha vencido. Pero ha matado a muchos más por la espalda. Kenton, las veces que desafió a alguien, lo hizo de noche. Parecía tener interés en que no le viesen la cara.

—Sin embargo, existe un pasquín...

—Sí, un pasquín en el que se ofrece una gran recompensa por él. Pero el dibujo que aparece allí ha sido hecho a base de las descripciones de personas que han visto a Kenton unos momentos, o creen haberlo visto. Yo pensaba que tú, que conoces a todo el mundo en Omaha, podías darme una pista.

—Sí, conozco a mucha gente, pero sobre todo mujeres. Ya has visto que mi pensionado es puramente femenino.

Stuart hizo un gesto de asentimiento.

—¿A qué has venido aquí? —preguntó,

—Tú sabes que yo obligué a dos pistoleros a enviar a su tribu el cadáver de un indio al que acababan de asesinar.

—Sí, lo recuerdo.

—Quería saber si existía algún gasto más. Aquellos granujas le dieron una cantidad, pero podía haber surgido algún problema.

—El problema ya lo tienes, muñeca. Ese hombre no volverá a hablar.

Ella hizo un gesto de vacilación, cerrando los ojos, y por unos momentos, sus rodillas fueron a doblarse.

Con un soplo de voz, suplicó:

—Por favor, salgamos de aquí...

—Hay que avisar al *sheriff*.

—Hazlo tú mismo. Yo no tendría fuerzas.

Stuart la acompañó hasta la puerta.

En la calle, todo seguía normal.

La gente pasaba ante el *saloon* y la funeraria sin imaginar ni

remotamente que allí acababan de cometerse dos asesinatos.

Mientras Nadine volvía a su casa, Stuart fue directamente a la oficina del *sheriff*.

Y se lo contó todo.

Bueno, casi todo.

Porque no mencionó los brillantes, ni su anterior encuentro con Kenton, ni las sospechas que él tenía. Ante el *sheriff* se limitó a cumplir el requisito de la ley que exige que aquellos que descubran un crimen lo denuncien a la autoridad. Por lo demás, dejó que los dos asesinatos tuvieran un aspecto absolutamente inexplicable.

El *sheriff* le escuchaba con la mayor atención.

Con tanta atención que no podía ni hablar.

Sus facciones se habían vuelto lívidas.

Al fin, musitó:

—Debería…, debería ver los cadáveres. Mejor dicho, el cadáver. El del *saloon* va me han avisado y ya he visto a la pobre Soraya. Pero ignoraba que hubiesen matado también al de la funeraria.

—Yo le acompañaré —ofreció Stuart—.Es lógico que quiera hacer una inspección sobre el terreno.

—Vamos.

Salieron los dos en silencio. Nadie les miraba.

Aquélla parecía una inspección rutinaria del *sheriff* como tantas y tantas otras.

La funeraria seguía vacía. No había nadie en la tienda, pero en cuanto pusieron los pies en la trastienda, el *sheriff* lanzó una exclamación. Sus ojos se desorbitaron.

—Dios santo… Igual que a aquella muchacha.

—Ya le he dicho que a los dos los habían matado de la misma forma, *sheriff*.

—Me costaba creerlo.

—Ahora ya se habrá convencido.

—¿Pero quién habrá tenido interés en hacer esto? ¿Y por qué? No se han llevado nada…

Stuart ya había notado eso.

Pero tenía su propia opinión al respecto. Sabía de sobre que el móvil del crimen no había sido el robo.

Echó una ojeada en torno suyo. Fijándose en todos los detalles. Analizándolos uno por uno.

Y de pronto susurró:
—Qué extraño…
El *sheriff* se volvió hacia él.
—¿Ocurre algo?
—Fíjese en el muerto.
—No noto nada…
—Tiene uno de los dedos levantado. Ha quedado así.
—Y eso, ¿qué?
—¿No se da cuenta? Cuando a una persona le clavan un dardo envenenado en el pecho, tiende a llevar las manos a la herida. Es algo instintivo. Pero él dominó ese gesto. No lo hizo, sino todo lo contrario. Levantó un dedo como si quisiera señalar hacia algún sitio?
—¿Qué sitio?
Los ojos de lince de Stuart siguieron una dirección.
—Aquel ataúd.
—¿Y qué? —murmuró el *sheriff*—. Es un ataúd normal. Y está abierto, como los otros. No puede ocultar nada.
El joven no estaba tan seguro.
Se acercó y arrancó el almohadillado de dos bruscos tirones, seguro de que encontraría algo debajo.
Pero se llevó una decepción.
Porque debajo del almohadillado no había nada, absolutamente nada, excepto la madera lisa.
El *sheriff* barbotó:
—Olvídelo. Ese gesto no significa nada, amigo.
—Claro que significa. Un hombre que va a morir no improvisa gestos inútiles. Ese tipo no tuvo tiempo para hablar ni para escribir una línea, pero quiso decir algo.
Ese ataúd tiene un significado, un significado que él conocía y que nosotros hemos de encontrar.
—Me temo que es trabajo perdido. ¡Tiene el mismo aspecto que los otros! Aún no lleva asas. E incluso la cruz está cortada de la misma manera.
—Tal vez tenga razón.
Y Stuart hizo un gesto de indiferencia, como si se resignara a lo inevitable.
Arrancó una astilla de aquel ataúd y otra astilla del que estaba al

lado.

Luego, se dirigió a la puerta.

En el umbral, se detuvo.

—Le dejo, *sheriff.* Yo ya he cumplido con mi deber. Supongo que usted investigará.

—Oh, sí, claro... Y le aseguro que si encuentro al culpable será castigado con arreglo a la ley.

E hizo un signo pasándose el dedo por el cuello. La cosa estaba muy clara para el culpable..., si lo atrapaban.

Pero Stuart sabía que eso no iba a ser tan fácil.

Y que por lo menos el *sheriff* no lo conseguiría.

Salió.

Una vez en la calle, se dirigió al *saloon.* No a aquel en que había muerto Soraya, sino al otro, en el que trabajaban las chicas de Nadine.

Una de ellas estaba en una silla, sentada aburridamente, cabalgando una pierna sobre la otra.

Sonrió al ver a Stuart.

—Hola, pocholo.

—Hola, chata, quiero preguntarte una cosa.

—Pregunta, pregunta... ¿Quieres saber qué medidas tengo de caderas?

—No. Quiero saber dónde vive el carpintero que trabaja en la funeraria.

El rostro de la chica pareció teñirse de color ceniza.

—Mira, chico... ¡Tienes unas cosas!...

—Peor sería que te preguntara por una mujer. Pero te pregunto por un hombre. No temas.

—Ese carpintero viene con frecuencia al *saloon* en sus días de fiesta. Hoy ha estado aquí. Puedes verle en una casa color gris que hay junto a la iglesia.

—De acuerdo, nena. Hasta luego.

Y salió.

No le costó ningún trabajo encontrar la casa que le habían indicado.

Era un edificio estrecho entre dos casas más grandes. Por dentro parecía un cuchitril. Encontró al carpintero tumbado en un camastro, abrazado a una botella y apestando a alcohol. Al tío le

faltaban dos dedos, que debía haberse cortado él mismo con el serrucho. No era extraño, si bebía de aquella manera.

Stuart empezó dejando cinco dólares sobre la colcha.

—Hola, amigo.

—Hum... Le daré una idea.

—¿Qué idea?

—Vaya hacia la puerta, vuelva a entrar, salúdeme de nuevo y escupa otros cinco.

—Los saludos se han terminado, amigo. Y los dólares, también.

—¿Qué quiere?

Stuart hizo algo que había querido mantener oculto a los ojos del *sheriff,* porque pensaba resolverlo por sí mismo.

Mostró al carpintero los dos pedacitos de madera.

Uno era claro; el otro, más oscuro.

El carpintero bizqueó.

—Bueno, ¿a qué me viene con esto?

Stuart alzó la astilla de madera clara.

—Todos los ataúdes del alegre establecimiento en que usted trabaja están construidos con esta madera.

—Sí, claro que sí... Es buena. Ningún fiambre ha reclamado hasta ahora. ¿Tiene algo que decir?

Stuart alzó la otra astilla.

—Esta es más oscura. Sólo había un ataúd construido con esta madera. Sólo uno. ¿Por qué?

—¿Y eso qué importancia tiene?

—Por favor, contésteme.

—Esa madera es de mejor calidad. La más extraordinaria que tenemos. La lástima es que apenas quedan reservas, porque pertenece a un bosque de robles que ya fue talado hace tiempo. La empleamos de tarde en tarde para hacer un ataúd de gran categoría. En este momento en la tienda sólo tenemos uno. ¿Por qué? ¿Le interesa?

Stuart apretó los labios.

Claro que le interesaba, pero en otro sentido.

—¿Dónde están las reservas de esa madera?

—En un almacén que tenemos a tres millas de aquí. El sitio se llama Minford. Es una especie de vaguada a la que se llega por un camino de carro.

—Gracias.

Y Stuart fue a salir.

El carpintero alzó una mano.

—Eh, oiga...

—¿Qué pasa?

—No sé qué diablos quiere ir a hacer allí, pero sí que se una cosa: escupa otros cinco.

Stuart los lanzó sobre la cama.

Y salió.

Ahora estaba seguro de encontrar a Kenton. Ahora sabía cuál era su guarida.

Recordaba aquel rostro que había visto a veces en los pasquines, un rostro dibujado un poco por azar, a base de descripciones sueltas.

Un rostro que llegaba del pasado.

Estaba seguro de que pronto lo tendría frente a él. Murmuró en voz apenas audible, mientras se dirigía a buscar su caballo a la cuadra pública:

—Minford...

Capítulo XIII

DOS VIEJOS AMIGOS

Media hora más tarde, Stuart volvía a susurrar:

—Mindford...

Tenía la vaguada ante él. Era una vaguada que se perdía entre los matorrales y que resultaba un escondite excelente. Allí nacía el camino de carro que sin duda llegaba a la casa de que le había hablado el carpintero. Pero él no siguió a caballo, sino que avanzó a pie y tomando toda clase de precauciones.

Supuso que estarían esperando su llegada.

Pero hubo de reconocer que no lo parecía.

La casa era de troncos y tenía aspecto de almacén tronado. Aquí y allá se veían esparcidos unos cuantos tablones. También había un viejo carro que debía servir para los transportes. Pero no se distinguía a nadie.

El joven avanzó poco a poco.

Conteniendo la respiración.

Estaba seguro de que allí se encontraba Kenton.

Pero no fue a Kenton a quien halló al empujar la puerta, llevando el revólver por delante.

Sino a un tipo que estaba bebiendo cerveza, con las piernas sobre una mesa. Un tipo barbudo y que tenía aspecto de llevar varios días refugiado allí.

Stuart no lo había visto nunca, pero pese a ello, lo reconoció en seguida.

Para algo han de servir los pasquines, claro.

Y un federal sabe retener en la memoria todos los pasquines que ha visto en su vida.

Murmuró:

—¡Clinton!...

Clinton dejó caer la jarra de cerveza al suelo.

E intentó llevar la mano al revólver que descansaba sobre la mesa, pero desistió al notar que Stuart ya le estaba apuntando.

Balbució:

—¿Quién es usted?

—Podría enseñarte mi distintivo de federal, pero no creo que haga falta.

—¿Un... federal?

—Exacto. Pero aunque te parezca mentira, no he venido a por ti, Clinton.

Los ojos del pistolero brillaron.

—¿Entonces, a por quién?

—A por Kenton.

Clinton rechinó los dientes.

—Estás loco.

—¿Por qué?

—Kenton nunca ha sido visto por aquí.

—Pero tú trabajas para él.

—¡Mentira!

Stuart alzó poco a poco el revólver, hasta situar el cañón entre los dos ojos del forajido.

Este pestañeó.

Se sentía perdido. Sabía que los federales no vacilaban a la hora de disparar y que no dependían de los politiqueos, como algunos *sheriffs*. Y aquel federal podía disparar sin miedo a que nadie le pidiera cuentas. La cabeza de Clinton estaba puesta a precio.

Bisbiseó:

—Bueno, te... te aclararé algunas cosas.

—Habla.

—Kenton no está en este almacén.

—¿Ha estado alguna vez?

—No.

—¿Dónde puedo encontrarle?

—Verás... No tiene sitio fijo.

Stuart amartilló poco a poco, con estudiada lentitud.

—Amigo, no trates de ganar tiempo. Voy a disparar en cuanto llegue hasta tres. Dime dónde está Kenton. Uno..

—Yo... yo no lo sé.

—¡Dos!

—¡Vive en la ciudad, pero no sé dónde!

Stuart, que ya iba a contar «tres», se detuvo.

—¿El te ha traído aquí?

—No. Me trajo el de la funeraria.

—Y luego ha querido denunciarte.

—¿Cómo?...

—Yo sé lo que me digo. El dueño de la funeraria ha muerto. Y de la única forma que estaba a su alcance me ha señalado el sitio donde podía encontrarte. Y donde seguramente podría también encontrar a Kenton.

—¡Te juro que Kenton nunca ha estado aquí!

—Tal vez aclaremos mejor las cosas si le damos un poco la vuelta —murmuró Stuart—. Dices que aquí te trajo el dueño de la funeraria. ¿Para qué estuvieras oculto en un lugar seguro?

—Sí.

—¿Por qué?

—Había el temor de que nos persiguieran. Matamos a sangre fría a... a un indio.

Las facciones de Stuart sufrieron una sacudida.

¡El indio asesinado! ¡Ahora lo recordaba bien!

¡Pero no había sido un hombre el que disparó! ¡Habían sido dos!

Entonces...

Fue a volverse, con las facciones demudadas, pero la voz dijo entonces a su espalda:

—No hace falta que vuelvas tanto el cuello, muchacho. Cogerías tortícolis. Estoy aquí...

* * *

En efecto, el fulano estaba ya a su espalda. Barbudo como Clinton. Pero apuntándole con un revólver nuevo desde la puerta.

Stuart musitó:

—Tú debes ser Holmes...

—El mismo que viste y calza. Y tú, un federal de quien me hablaron. Uno que ya se ha puesto pesado de tanto buscar a Kenton...

—¿Estáis a sueldo suyo?

—Somos nosotros los que hacemos las preguntas. Por lo pronto, suelta el revólver.

Stuart no tuvo más remedio que obedecer.

Estaba encañonado por dos sitios, ya que Clinton se había apoderado felinamente de su «Colt», que seguía descansado sobre la mesa.

Stuart se dio cuenta de que estaba perdido.

Pero preguntó, con una calma inflexible, como si tal cosa:

—Decidme: ¿Estáis a sueldo de Kenton?

—No es exactamente eso. Trabajamos en el mismo negocio.

—¿El negocio de la venta de drogas a los indios?

—Sabes muchas cosas, federal.

—Sólo las que necesito.

—Pues me temo que algunas de ellas te sienten mal para la salud.

Y Holmes alzó un poco más el revólver.

Bisbiseó:

—No estamos dispuestos a perder tiempo. Adiós, muchacho.

Stuart sintió la sequedad de la muerte en la boca.

Había visto que no podía saltar. Nunca llegaría a alcanzar a su enemigo, que se encontraba a una distancia ideal. Cerca para el disparo y lejos para que pudiera alcanzarle con un salto. Su único y desesperado recurso estaba en...

Disparó la pierna derecha.

Había una silla entre Holmes y él.

La silla voló por los aires, con la velocidad de una flecha, mientras Holmes disparaba.

La bala encontró en su camino el obstáculo del mueble. Pero no fue eso sólo, sino que, además, la silla golpeó en la cara de Holmes. Este vaciló unos segundos.

Stuart se dio cuenta de que podían ser los últimos segundos de su vida.

“¡Tenía que obrar con la rapidez del rayo!

Ahora, el verdadero peligro estaba a su espalda.

El verdadero peligro era Clinton, que tenía un revólver también, mientras Holmes vacilaba.

Se dejó caer al suelo y la bala pasó por encima suyo.

Todo eso ocurría con tal rapidez que casi resultaba imposible seguirlo con la vista.

Clinton lanzó un aullido.

La mesa en que medio se apoyaba, había sido volcada desde el suelo. Y caía encima suyo.

Dos balas más fueron al aire.

Holmes ya se había recuperado.

Gritaba como un maldito.

Dio un salto para colocarse materialmente encima de Stuart y vaciarle en la cabeza el contenido del cilindro. Pero Stuart dio un nuevo puntapié a la mesa y la colocó como un parapeto a los pies de Holmes, que tropezó y cayó ruidosamente.

Todo eso seguía ocurriendo con la rapidez de un *flash,* de forma tan instantánea que ninguno de los tres hombres tenía tiempo para darse cuenta de lo que sucedía.

Obraban sólo por instinto.

Stuart dio un salto.

Cayó sobre el revólver que había tenido que soltar antes.

Disparó por debajo de su codo. Holmes, que ya volvía a estar encima suyo, lanzó un alarido mientras un botón rojo se marcaba en mitad de su frente.

Clinton seguía aullando.

De pronto le había entrado un miedo atroz, un miedo imposible a enfrentarse a aquella especie de diablo que era Stuart.

Disparó frenéticamente mientras retrocedía de espaldas hacia la puerta.

De pronto se detuvo.

Un botón rojo se había marcado en su estómago.

Otro en su cadera.

Un tercero en su mandíbula.

Su último grito se transformó en un gorgoteo gutural mientras se doblaba sobre sí mismo y caía a tierra como un saco vacío.

Stuart aún dio un salto hacia una de las paredes, girando sobre su propio cuerpo para esquivar las balas.

No se detuvo hasta unos instantes después. No podía creer que sus dos enemigos estuvieran muertos.

Luego se alzó mientras guardaba el «Colt». Había salvado la vida cuando eso ya parecía imposible, pero no podía decirse que hubiera tenido buena suerte. No podría ya interrogar a aquellos dos hombres. No había adelantado un paso.

De todos modos, registró cuidadosamente el almacén.

Era su última esperanza.

Pero aquella esperanza también se desvaneció pronto.

No había allí nada, salvo pilas y pilas de madera. Los dos asesinos tenían un poco de ropa, tabaco licor, dinero y, desde luego,

alimentos. Por lo visto, aún pensaban estar unos días allí. Pero nada que pudiese llevar a Stuart a ninguna parte.

El joven abandonó el almacén.

Cada vez entendía menos aquello.

Y regresó a la ciudad lentamente.

CAPÍTULO XIV

POR QUE MATE A TU MEJOR AMIGO

Las sombras ya habían caído sobre Omaha. Con esa atroz indiferencia de las ciudades del Oeste, donde la vida y la muerte eran puros accidentes, la gente ya se había olvidado de los asesinatos. Los *saloons* estaban llenos. La funeraria había sido cerrada, pero eso, ¿qué le importaba a nadie? El cierre de una casa de juego hubiera importado, desde luego, muchísimo más. Los *saloons* estaban repletos y la gente cantaba, reía, alborotaba y se hinchaba de beber.

Todo aquello sonaba extraño a oídos de Stuart.

Obsesionado por sus pensamientos, le parecía increíble que la gente pudiera divertirse de aquella manera.

Se detuvo ante la casa de Nadine, donde vivía ahora.

Por descontado, en ese momento las chicas no estaban. Todas se habían ido ya a sus ocupaciones, que consistían en enseñar las piernas y hacer beber a los vaqueros cuanto más mejor. Ni Nadine estaba tampoco. Sólo en una de las habitaciones brillaba una lucecita.

El joven empujó la puerta.

La mujer del vestido rojo estaba sentada ante una mesa Escribía algo. Se volvió al ver a Stuart.

—Buenas noches —dijo él—.Perdona. No quería molestarte.

Y fue a salir, cerrando.

Ella le detuvo con un gesto.

—Espera.

El captó el aire cálido, íntimo, de la habitación, aquel aire que parecía envolver de una forma misteriosa a Estrella Kurzon.

No quiso mirar su vestido rojo.

Ni su cuerpo palpitante.

Ni mucho menos sus labios, que se habían entreabierto como una promesa.

Susurró:

—Tal vez no tengamos nada que decirnos, Estrella.

—Yo a ti, sí.

—Olvidemos lo que ha habido entre nosotros.

—No. No lo podemos olvidar porque entre nosotros está la muerte.

Stuart seguía evitando mirarla.

—Yo ya he tratado de olvidar lo de John —musitó—. Te busqué por todas partes para vengarle, pero comprendo que era inútil. No es necesario que me temas, Estrella. Ya no voy a hacerte ningún daño.

—Aunque te parezca extraño, me estaba despidiendo de ti, Stuart.

—¿Tú?

—Sí. Te estaba escribiendo.

Y señaló la carta que yacía sobre la mesa, a medio terminar, mientras añadía:

—Pensaba marchar esta misma noche.

—¿Pero por qué?

—Por la cosa más sencilla del mundo, Stuart.

—¿Cuál es la cosa más sencilla del mundo?

—Me he enamorado de ti.

Los nervios, los músculos del joven, sufrieron una sacudida. Notó como una secreta ansiedad, como si algo le dijera de repente: «¿No te das cuenta? ¿Cómo no lo has adivinado antes? Y tú, ¿por qué no eres sincero? Confiesa que no la seguiste durante un año para matarla. Confiesa que si ibas tras ella era..., ¡era porque no podías olvidarla! ¡Porque estabas enamorado también! »

Pero Stuart trató de alejar todos esos pensamientos.

Quiso que su voz sonara indiferente al decir:

—Estás loca, Estrella.

—Ya lo sé. Una asesina no puede enamorarse de un federal. Es ridículo.

—No se trata de eso.

—Debiste haberme matado, Stuart.

—¿De verdad crees que hubiera podido hacerlo?

Los ojos de la muchacha se humedecieron.

Con voz apenas audible, bisbiseó:

—Por eso me despedía de ti. Al no matarme me demostraste que eras un hombre generoso. Yo... yo no sabía cómo pagarte.

—Me lo pagaste, Estrella. Me lo pagaste con toda tu alma... aquella noche.

Las facciones de la muchacha se sonrojaron.
Sus manos temblaban.
Se notaba que había en ella un clima tenso, un clima cargado de pasión que podía estallar de un momento a otro.
Pero consiguió que su voz sonara normal al decir:
—Lo menos que podía hacer, después de lo ocurrido, era tener plena confianza en ti, Stuart. Y eso es lo que estaba haciendo.
—¿A qué" te refieres?
—Tú no vengaste a John. al final renunciaste a hacerlo.
—Me pareció injusto matarte por… por una cosa que ya había pasado tanto tiempo atrás.
—Pero al menos debes saber por qué lo maté, Stuart.
—Una vez te lo pregunté y no quisiste decírmelo.
—Prefería no ensuciar la memoria de John, al que tú habías tenido en tan alto concepto. Porque es terrible decir eso. Pero John no era más que un perfecto canalla.
El se humedeció los labios.
—¿Y no pudiste averiguarlo hasta que estabas ya a punto de casarte con él?
—No, no pude. Tú eras su mejor amigo. ¿Pero sabes de qué vivía?
—Tenía negocios.
—¿Qué clase de negocios?
—Transportes por el río. Poseía una pequeña flota.
—Una pequeña flota que era una máscara, Stuart.
—¿Qué quieres decir?
—¿Sabes cuál era su Verdadero negocio? ¿El que le daba dinero de verdad? ¡Transportaba drogas! ¡El era el distribuidor principal en todo el Oeste! ¡No sólo vendía a Kenton, sino a varios más! ¡Kenton, a su lado, era un simple tendero, un vendedor a pequeña escala!
Stuart había palidecido mortalmente.
No podía poner en duda las palabras de la muchacha. Notaba que ella estaba hablando con todo el corazón. Una mujer que mira de ese modo, que llora de ese modo, no puede estar mintiendo. Además, ¿para qué mentir? Ya no corría ningún peligro, ya no necesitaba salvarse con ninguna falsedad. No cabía duda de que lo que decía era verdad.
Pero aquella verdad resultaba espantosa.

John..., John, a quien él creía un hombre honrado.

—¿Por eso lo mataste? —balbució.

—Sí. Lo maté cuando... cuando conocí a una pobre muchacha a la que él había corrompido tras acostumbrarla a las drogas. Cuando vi en qué terrible guiñapo humano podía convertirse una mujer. Se lo eché en cara a John y él rió, rió... Me dijo que de qué me quejaba. Ibamos a ganar mucho dinero juntos. Creo que me volví loca. Empuñé un revólver y... y...

Stuart hizo un gesto con la mano, un gesto cargado de pesadumbre.

—No sigas, muchacha.

—Debí decírtelo antes, pero no quería ensuciar la memoria de John. Perdona que al fin haya hablado. Tampoco quería... dejar de merecer tu confianza.

Stuart tragó saliva penosamente.

—¿Y aquellos dos hombres que te acompañaban a todas partes? ¿Quiénes eran aquellos dos pistoleros?

—Los hermanos de la chica de que te acabo de hablar.

Stuart apenas pudo balbucir:

—Dios santo...

—Tú sabes que los mataste Cara a cara.

—Dejaré el revólver —dijo Stuart, pesadamente—.Juro que lo dejaré para toda la vida.

—Y entonces lo empuñarán hombres mucho peores que tú.

El se había llevado un momento las manos a los ojos.

La luz del quinqué daba en su cara, Partía extrañamente su rostro en dos.

—Si pudiera olvidar... —bisbiseó—. Si pudiera olvidar...

—Dios sabe que me gustaría que pudieras hacerlo, Stuart. Pero la muerte de John abrió un paréntesis que no se ha cerrado aún. Con las balas que pusieron fin a su vida, el tráfico de drogas se dispersó... en parte. En un punto quedó organizado aún. Fue aquí, en la zona de Omaha. La zona que controla Kenton.

—¿Viniste por eso?

—Sí. En realidad, en aquel vagabundear que parecía absurdo y que duró un año, yo estaba buscando las huellas de Kenton. Quería terminar el siniestro trabajo que inicié. Y las huellas me trajeron a Omaha.

—Por el mismo motivo he venido yo —bisbiseó Stuart—. Sabía que Kenton se movía por aquí. Eso explica el que tú y yo hayamos coincidido en el mismo sector.

—Pero hay algo más, Stuart,

—¿Algo más?

—Le he estado dando vueltas. Pensando y pensando sin encontrar su verdadera significación.

—¿Qué es?

—Verás… John estaba muy bien organizado, pero no siempre tenía facilidades para el tráfico de drogas. Y muchos de sus ayudantes pasaban apuros para el transporte, porque los federales estaban encima.

—No hace falta que me lo digas. Durante estos últimos tiempos no me he podido dedicar a otra cosa.

—Cierto día… cierto día en que yo estaba junto a John, cuando ya empezaba a tener la certeza de cuál era su verdadero negocio, uno de sus ayudantes se presentó en el despacho. Le dijo con palabras veladas que la distribución iba mal, y que las «mercancías» no podían llegar a su destino. Entonces John ya traficaba con las tribus indias, que eran sus mejores y más sumisos clientes. Dijo a su ayudante: «Si las dificultades son tan grandes, liquida a un indio.»

Stuart apretó los labios.

Sentía que junto a su boca habían aparecido unas leves gotitas de sudor helado.

Tocio aquello no tenía sentido aún.

No temía forma.

Pero las palabras parecían danzar en su cráneo.

«Liquida a un indio.»

Estrella musitó:

—Yo tampoco acabo de comprender el sentido, Stuart, pero por instinto sé que es una cosa importante.

—Matar a un indio…

Y de pronto los nudillos de Stuart crujieron. Crujieron con tal fuerza que parecían ir a romperse.

—Dios santo… —balbució.

—¿Qué piensas?

—i Ahora lo comprendo! ¡Lo hicieron delante de las narices de todo eí mundo! ¡Es su táctica!

—¿Qué táctica?

—Holmes y Clinton tenían que hacer llegar la droga a los indios, ¡No sabían cómo!

—Por favor, Stuart, no te entiendo...

—Necesitaban... ¡un ataúd!

Ella había palidecido también. Había palidecido mortalmente.

Pero aún no le entendía. Hizo un gesto negativo con la cabeza

—¿Qué quieres decir, Stuart?

—Es sencillo: necesitaban un ataúd que pudiese llegar a tierras indias sin despertar las sospechas de nadie. Para eso se mataba a un indio: se le asesinaba, mejor dicho. Los culpables lo hacían delante de todo el mundo. Entonces intervenía alguien, recriminándoles su actitud y obligándoles a pagar un entierro y el consiguiente transporte hasta la tribu de la víctima. Todo muy bien combinado y planeado de antemano. Los asesinos, naturalmente, se resistían un poco para adornar la comedia, pero al fin cedían. ¿Y qué ocurría? En aquel ataúd soldado y bien tapado no iba el muerto. Al muerto le sepultaban en cualquier sitio. ¡En el ataúd iba la droga! ¡Kilos y kilos de droga! ¡Un cargamento que valía una fortuna! Los indios, ante el ansia de tener la mandanga que los embrutecía, pero que les hacía sentirse felices, no se fijaban ya en nada más. Un muerto de su raza les importaba poco. Recibían el ataúd con muestras de pena, lo sepultaban incluso delante de los ojos de los soldados y luego iban sacando la droga en pequeñas dosis. Un sistema estupendo. Sólo tenía dos fallos.

Estrella, que había quedado sin voz, tuvo que hacer un violento esfuerzo para susurrar:

—¿Qué fallos?

—En primer lugar, en el ataúd iba tal cantidad de droga que se arriesgaba demasiado en un solo viaje. Eso va en contra de las normas de los traficantes, que prefieren siempre no ser sorprendidos con demasiada mandanga encima. En segundo lugar, el truco del indio no podía repetirse demasiado, porque la gente sospecharía. Esa fue la razón de que John autorizara para usarlo sólo en caso necesario.

Y Stuart rechinó los nudillos.

Era extraño, pero se sentía sin fuerzas.

Una tristeza maciza, una tristeza que le dominaba, que le hundía,

le había invadido por completo.

Dijo, con un soplo de voz:

—En Omaha hubo una mujer que empleó el truco del indio muerto. Una mujer que estaba de acuerdo con dos granujas llamados Clinton y Holmes. Una mujer que...

No quiso pronunciar el nombre.

Sus facciones estaban terriblemente pálidas. Nunca hubiese querido tener que pensar en ello. Una sorda angustia le dominaba.

Abrió la puerta de la habitación.

Y detrás de ella estaba Nadine. Una Nadine indefensa, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo; una Nadine por cuyas mejillas resbalaban dos lágrimas.

Capítulo XV
HA VUELTO KENTON

Sólo por su actitud, Stuart comprendió que ella tenía que haberlo oído todo. Pero no intentaba defenderse ni trataba de disculparse siquiera. Un profundo dolor parecía invadirla. Sus rodillas fallaron y hubo de apoyarse en una pared cuando el joven la miró cara a cara.

Sin duda, había entrado en la casa cuando ellos hablaban.

Era muy posible que desde el principio de la conversación no se hubiese movido de allí.

La luz concentrada de la lámpara dio en su rostro, en la palidez de sus mejillas y en el brillo de sus lágrimas.

Stuart sintió pena de ella.

Porque era una mujer hundida.

Porque era una mujer vencida.

—Supongo que lo has oído todo —bisbiseó—.Eso me ahorra explicaciones y palabras, Nadine.

—Sí. He escuchado... vuestra conversación.

—Y qué tienes que decir?

—Sólo una cosa, Stuart.

—Dila.

—Soy culpable.

Stuart no esperaba aquella sencilla confesión.

Sus párpados sufrieron una sacudida.

No imaginaba que ella reconocería tan fácilmente unos delitos que podían llevarla a la horca.

Pero ya lo había notado antes: Nadine estaba hundida. No tenía fuerzas ni para defenderse.

Con un soplo de voz, ella musitó:

—Puedes hacer lo que quieras conmigo.

—Lo que quiero hacer es tratar de “comprenderte, Nadine.

—No hay nada que comprender.

—Al contrario: hay muchas cosas. Por ejemplo, quiero saber si eso lo hacías por dinero.

—No.

—¿Entonces, por qué?

—Por amor.

He aquí otra confesión que Stuart no esperaba. He aquí otras palabras que le dejaron petrificado y casi anhelante.

—¿Por amor? —bisbiseó—, ¿Por amor a quién?

—¿No lo adivinas?...

—¿Tal vez a Kenton?

—Sí. Hace mucho tiempo que estoy enamorada de él.

—¿Cuándo le conociste?

—Eso no importa.

—Sí que importa, Nadine. Quiero saber si eso existió mientras estabas casada con mi hermano.

—¡Claro que existió!

Stuart encajó el golpe. Su hermano estaba muerto, pero le dolió aquel sórdido final. No sólo había muerto joven. También había muerto engañado...

—¿Erais amantes?

—Sí.

—Me asombra tu cinismo, Nadine.

—¿Cinismo? Simplemente, lo estoy confesando todo. Ahora ya es inútil ocultar lo que ocurrió. Más vale así, ¿no?

—De acuerdo, más vale así.

—Kenton es un pistolero implacable, pero que tiene muchas cosas admirables a los ojos de una mujer. Por eso me enamoré de él apenas le conocí. Yo hacía poco que estaba casada con tu hermano, y hasta entonces le había sido completamente fiel. Pero la presencia de Kenton provocó una revolución en mis sentimientos, una revolución que ya nunca más pude controlar. Al principio nuestra amistad fue, digamos, desinteresada. Luego él me empezó a insinuar que necesitaba una persona que le ayudase en sus importantes negocios.

—¿Sabías tú en qué consistían esos negocios?

—Sí. No tardé en saber que se trataba de drogas, y que las víctimas de ellas eran especialmente los indios.

—¿No te repugnó un tráfico tan miserable?

—Al principio, tal vez sí. ¿Pero a qué idea no se acostumbra una mujer enamorada? Al fin y al cabo, además, yo tampoco participaba directamente en el asunto. Sólo tenía que transmitir algunos mensajes, ocultar de vez en cuando a algún hombre y, sobre todo, hacer lo que me indicaran dos pistoleros llamados Clinton y Holmes.

Stuart cabeceó.

Tenía una sensación de repugnancia en la boca.

—¿Como por ejemplo ser su cómplice si ellos tenían que matar a algún pobre indio?

—Exactamente.

Y Nadine hundió la cabeza aún más, mientras un sollozo a duras penas contenido desgarraba su garganta.

Stuart se dio cuenta de que ella no sólo estaba vencida.

Estaba arrepentida, además.

Era el momento de conseguir algo muy importante, de llegar hasta el final de aquel repulsivo asunto.

—Nadine —musitó—, ¿continúas enamorada de Kenton?

—Después de lo que ha ocurrido..., ya no lo sé.

—Puedes lavar tus culpas. Puedes hacer algo que no solamente te librará de una pena ante la ley, sino que además limpiará tu conciencia.

Ella abrió muchos los ojos, mirándole fijamente.

—Hacer..., ¿qué?

—Dime dónde está Kenton. Llévame ante él.

Los ojos femeninos se cerraron un momento.

Parecía pasar una tempestad angustiosa por el corazón de la mujer. Una tempestad que Stuart captó como si la sintiera él mismo.

Nadine vacilaba.

Se había clavado las uñas en las palmas de las manos.

Al fin, musitó:

—¿Vas a matarlo?

—Si puedo, no lo mataré.

—¿Y qué harán con él si le llevas a la cárcel?

—No es asunto mío, pero tampoco quiero engañarte. Supongo que lo ahorcarán.

Ella apretó los labios desesperadamente.

—Te llevaré hasta él —dijo al fin.

—Esperaba que dijeras eso. Nadine.

—Pero con una condición.

—¿Cuál?

—No quiero que lo ahorquen. No quiero que sufra la horrible agonía de estar días y días esperando la muerte, hasta que lo arrastren al cadalso. Su muerte debe ser rápida, instantánea. Una

muerte que al menos no le haga sufrir.

—Tampoco puedo garantizarte que consiga matarle de esa manera, Nadine. A lo peor hay lucha y...

—No, no se trata de eso. Quiero matarle yo. Yo sí que podré hacerlo sin que él sufra, sin que él se dé cuenta. Por ejemplo, mientras le beso... Creo que es mejor así.

Stuart asintió.

En cierto modo, con aquello, prestaba su colaboración a un asesinato, pero Nadine tenía razón.

Puesto que Kenton había de morir, él no podía negarse a que tuviera una muerte dulce.

—Necesito un revólver pequeño.

—De acuerdo, Nadine —dijo.

—Tú, que eres una campeona, debes tener varios. Elige el que más te guste.

—Bien.

Ella giró sobre sus tacones y abrió el cajón de una mesa que tenía a su espalda. En el fondo de aquel cajón, tapizado de terciopelo rojo, descansaban varios revólveres. Eligió un pequeño «Colt», modelo especial de cuatro tiros, y que podía ocultarse muy bien.

Luego miró a Stuart.

—¿Vamos?

—¿Está lejos Kenton?

—No. Cerca de aquí.

—De acuerdo, vamos.

Y salieron los dos.

Cada uno con sus propios pensamientos, cada uno con su propia sensación de muerte.

* * *

La casa estaba apenas a dos millas de Omaha. Era un edificio destartalado como tantos y tantos de los que existían en la comarca, donde las casas se abandonaban para construir otras nuevas. Stuart recordó haber pasado varias veces por allí delante.

Claro que no imaginó que aquél pudiera ser el refugio provisional de Kenton.

Kenton podía estar en muchos sitios. Había docenas de edificios como aquél.

Nadine musitó:

—Vamos a descabalgar.

—¿Temes que dispare?

—Si no nos conoce disparará. Por eso voy a acercarme yo sola y a pie. Tú sigue a cierta distancia.

—¿Qué tratas de hacer?

—Deja que este asunto lo resuelva a mi modo, Stuart.

—¿Vas a matarle como has dicho?

—Sí.

Stuart la miró fijamente.

—¿Y si te arrepientes, Nadine?

Ella aguantó su mirada.

—No me arrepentiré.

—Piensa que si lo dejas vivo lo liquidaré yo, muñeca.

—Cuando me propongo una cosa de verdad, termino haciéndola, Stuart. No habrá vacilaciones cuando dispare. Tú no tienes más que esperar. En el momento en que oigas la detonación, entras; puedes estar seguro de que todo habrá terminado.

—Preferiría hacer esto yo, Nadine. Tengo miedo de que corras peligro.

La mujer le envió a través del aire una sonrisa seca.

—¿Qué peligro voy a correr? El también está enamorado de mí y le he ayudado hasta ahora. ¿Por qué, iba a desconfiar?

—Está bien, vete. Pienso que es mejor tu plan que el mío, pero en el fondo me repugna.

—No ha de repugnarte. Yo sólo pienso en que Kenton no sufra.

Y abandonó su caballo para avanzar por el sendero que conducía a la casa. No tomó ninguna precaución para ocultarse. Al contrario, cuando estaba a cierta distancia llamó:

—Kenton... Soy yo.

No ocurrió nada.

Stuart, a cierta distancia, temió que se produjese algún disparo, pero Nadine consiguió llegar a la casa sin novedad. La primera parte del plan —y quizá la más difícil— ya estaba cumplimentada.

Stuart esperó unos minutos.

Esperó entre el silencio, la soledad, la angustia.

Hasta que llegó aquel disparo que hizo atronar la noche.

Capítulo XVI

LO SIENTO, MUCHACHO

Stuart saltó hacia adelante. No quería perder un segundo. Pero de todos modos estaba tranquilo, porque el disparo que acababa de oír correspondía a un «Colt» de pequeño calibre como el que llevaba Nadine. Ella era la que había disparado; no podía haberlo hecho Kenton.

Corrió entre las sombras.

Y empujó la puerta de la casa mientras susurraba:

—Nadine...

La V02 bisbiseó a su espalda:

—Estoy aquí...

Stuart fue a volverse.

Pero ya no tuvo tiempo.

Porque en aquel momento el cañón de un pequeño «Colt» se clavó en su espalda mientras la voz de Nadine susurraba:

—Lo siento, muchacho...

* * *

Fue entonces cuando Stuart lo comprendió. Fue entonces cuando aquella especie de chispazo estalló dentro de su cráneo. Sólo entonces se dio cuenta de que había sido demasiado crédulo al confiar en las palabras de Nadine, sólo por el hecho de que ésta había simulado el arrepentimiento muy bien y además era una mujer hermosa.

El «Colt» estaba sólidamente clavado en sus costillas.

No podía hacer nada.

Y en el cilindro aún quedaban tres balas.

Nadine repitió:

—Lo siento, muchacho. Te he prometido antes que mataría a un hombre y voy a hacerlo. Sólo que ese hombre... serás tú.

Stuart tragó saliva.

Su voz fue perfectamente natural al preguntar:

—Kenton no existe, ¿verdad?

Una mano enguantada —una mano que ahora él recordó muy

bien —pasó por delante suyo y le quitó el revólver.

Luego la voz —aquella voz que parecía surgir del fondo de un tubo metálico —murmuró:

—Cierto. Kenton no existe. Kenton soy yo misma. Con un pequeño tubo metálico que me coloco cerca de la tráquea cuando me interesa disfrazar la voz. Con unas ropas que disimulan mis formas y con una especial precaución para que no me vean claramente. Ese es el secreto. Gracias a mi doble juego he conseguido evitar que me capturaran hasta ahora. Y voy a seguir evitándolo...

—¿Tú lo organizabas y lo dirigías todo?

—Sí. Y los federales os hartabais de buscar a Kenton, cuando en realidad Kenton no existía.

—¿Conocían Clinton y Holmes tu verdadera personalidad?

—No. Ni ellos mismos llegaban a conocerla. Creían que era una simple cómplice. El único que lo conocía todo de verdad era...

Se interrumpió un momento.

Stuart bisbiseó:

—¿Quién?...

—Él dueño de la funeraria; él lo sabía todo. Su colaboración era indispensable, porque sin él no podía enviar droga de un lado a otro, para lo cual empleaba muchas veces sus ataúdes. Pero era más indispensable aún cuando las circunstancias hacían necesario que muriese un indio.

—Comprendo. Y tenías que darle una parte muy sus- ranciosa, ¿verdad? Tuviste que darle varios brillantes la última vez...

Se oyó una risita áspera y siniestra. Aquella risita que parecía surgir del fondo de un pozo metálico.

—Sí, en efecto. Le tuve que dar varios brillantes. Pero el muy imbécil le entregó dos de ellos a Soraya, una bailarina de la que estaba locamente enamorado y a la Que veía en secreto. Yo estaba en el *saloon* cuando tú hablaste con ella. Me di cuenta en seguida de que habías reconocido aquellos brillantes, los mismos que yo te quité la noche anterior. Era un momento gravísimo para mí, porque aquella pista te podía llevar hasta la funeraria. Y aquel cobarde hablaría. . Por eso lo eliminé antes de que tú llegaras. Hube de obrar aprisa...

—Pero él te delató del único modo que pudo. El señaló aquel

ataúd que podía llevarme hasta Clinton y Holmes.

Otra vez la risita sonó ásperamente.

—¿Y eso qué importa? Ahora ya nada me puede perjudicar. Ahora eres tú el que está perdido. Me quedan tres balas, Stuart, y este revólver no falla. No olvides que tú mismo me dejaste elegirlo..

Stuart sonrió. Sonrió secamente en. la oscuridad mientras volvía un poco la cabeza.

—Sólo te pido una cosa, Nadine. No mates a Estrella Kurzon.

—Estás enamorado de ella, ¿verdad?

—Me temo que sí.

—De poco va a servirte, amigo. Ni a ella. Porque Estrella Kurzon sabe demasiado. Demasiado como tú.

Y fue a apretar el gatillo.

Sonó la voz en aquel momento. Sonó el grito. Sonó la llamada de la muerte.

—¡Nadine!

Nadine se volvió. Disparó rabiosamente hacia la silueta que veía en la puerta, y de la cual brotaban ya dos llamaradas rojas. Estrella Kurzon había querido matarla cara a cara. Estrella Kurzon dejó caer el revólver mientras veía doblarse a su víctima. Cerró los ojos para no mirar…

Y cuando los abrió de nuevo fue para encontrarse entre los brazos de Stuart. Unos brazos que la estrujaban, unas manos que la atraían hacia si…

Y Estrella Kurzon comprendió que tendría que olvidar muchas cosas. Al igual que Stuart. Y que los dos se ayudarían para encontrar un camino mejor.

No supo por qué lo dijo.

Pero lo primero que se le ocurrió musitar fue:

—Tendrás que dejar que me case con un vestido rojo…

F I N

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.